

# Sergio Blanco

## Slaughter

*A Philippe Koscheleff*

*Durante la guerra del Golfo, el efecto provocado por la radioactividad de toda una serie de armamentos contruidos en base a uranio – armamento fabricado por industrias del primer mundo y utilizado durante esa guerra -, terminó anulando varias de las actividades cerebrales de una gran parte de los jóvenes soldados que participaron. De regreso a sus ciudades, estos jóvenes se vieron víctimas de toda una serie de síntomas que terminan por hacer añicos para siempre sus actividades intelectuales y afectivas. Increíblemente una gran parte de las bases militares se encontraba en la ciudad de Al Mawsil al norte de Irak, en donde se encuentran las ruinas de la desaparecida Nínive, ciudad a la cual fue enviado Jonás.*

S. B.

*Levántate, vé a Nínive, la gran ciudad,  
y proclama contra ella que su maldad  
ha subido hasta mí.*

Jonás

Los libros proféticos

*Personajes*

LEA

ÉL

SOLDADO

UN PESCADO

## MAÑANA

*Habitación. No hay puerta de entrada ni de salida. Solo una ventana desde donde entra una luz de invierno gris y filosa que cae sobre las paredes. Moquette gris. Un sillón de tres plazas. Un televisor. Un teléfono rojo. Un plato blanco con un PESCADO plateado. Nada más. Absolutamente nada más.*

*Es de madrugada.*

*LEA duerme acostada a lo largo del sillón. El televisor está encendido. Seguramente estuvo encendido toda la noche. La luz de la pantalla nos deja ver su cuerpo. Los movimientos y variaciones de la pantalla se reflejan sobre su rostro, que parece deformarse a cada segundo.*

*Se oye a lo lejos la sirena de una ambulancia. El sonido se acerca un poco, aunque siempre amortiguado por la distancia, y luego se va paulatinamente.*

*De a poco nos vamos acostumbrando a la luz tenue. Eso nos permite descubrir la figura de ÉL en uno de los ángulos de la pieza. Se encuentra de pie y respira agitado. Acaba de llegar del exterior y mira fijo hacia donde está LEA dormida. No se mueve. Solo oímos su respiración.*

*De pronto LEA se incorpora bruscamente, despertada por su propio sueño. Al incorporarse lo ve.*

LEA, *mirándolo y llevándose una de sus manos al rostro, como para asegurarse que está despierta.* ¿Qué hora es?

ÉL, *sin moverse.* Está amaneciendo.

LEA, *llevándose una de las manos a la boca.* Algo horrible... Espantoso... *Mira hacia el televisor.* Te esperé toda la noche. *Lo mira.* ¿Dónde estabas?

ÉL, *siempre quieto.* Por ahí.

LEA, *todavía perturbada por su reciente sueño.* Por ahí, ¿dónde?

ÉL, *demora en responder.* En un bar. *Se dirige lentamente hacia uno de los bordes del sillón.*

LEA, *sin mirarlo.* ¿En un bar hasta esta hora?

ÉL. No. *Parece dudar.* Luego estuve caminando.

LEA. ¿Caminando por dónde? *Sigue sin mirarlo.*

ÉL. No sé. *Ella se ríe. Su respuesta le hace reír.* Por distintos lugares.

LEA. Al menos me podías haber prevenido. Llamar.

ÉL, *se sienta al borde del sillón.* No quise despertarte.

LEA, *irónicamente, pero sin ser agresiva.* ¿Despertarme?... No pude dormir en casi toda la noche.

ÉL. Hubieras tomado algo.

LEA, *señalando el televisor con su rostro.* Hasta las tres de la madrugada esperando que volvieras. Sin poder pegar un ojo. Ya no sabía qué hacer. *Se mira el puño de su mano y se da cuenta que no tiene puesto el reloj.* ¿Qué hora es?

ÉL, *sin mirar su reloj.* Las seis.

LEA, *se sienta de forma brusca.* ¡Las seis! *Sin mirarlo.* El reloj volvió a no sonar. *Mira hacia la ventana.* Pensé que era más temprano.

ÉL. No, no. Ya son las seis pasadas. *Mira su reloj.* Las seis y diez.

LEA, *se lleva una de sus manos a la espalda, mientras mueve su cabeza de un lado para el otro.* Me duele toda la espalda.

ÉL. Es el sillón.

LEA, *lo mira.* ¿Por qué no volviste a la hora de siempre?

ÉL, *se pone de pie.* Tuve ganas de ir a tomar algo. De caminar un poco.

LEA. Podía haber ido contigo.

ÉL. No tenía ganas.

LEA, *moviendo su cuello, mientras con su mano derecha se acaricia detrás de la oreja.*

Tengo el cuello deshecho.

ÉL, *haciendo referencia hacia uno de los costados.* Tendrías que haberte traído una almohada.

LEA. ¿ Una almohada? *Se ríe.* Dudé en llamar a la policía.

ÉL, *sorprendido.* ¿ A quién?

LEA. A la policía.

ÉL, *inquieto.* ¿ Por qué?

LEA, *aprovechando su estado de inquietud.* No sé... *Lo mira fijo.* Por las dudas... Que te hubiera pasado algo... Un accidente...

ÉL, *curioso.* ¿ Llamaste?

LEA. No. Estuve a punto. No sabía qué hacer. Al final prendí la tele y terminé por dormirme.

ÉL, *siempre un poco inquieto.* ¿ Llamó alguien?

LEA. No. *Sin dejar de aprovechar su estado de inquietud.* ¿ Por qué?

ÉL, *su pregunta lo toma de improviso.* No sé.

LEA. ¿ Tenía que llamar alguien?

ÉL, *un poco molesto.* No. Simplemente quise saber si había llamado alguien.

LEA. ¿ Quién? En medio de la noche... *Se detiene.* ¿ Qué pasa?

ÉL, *la pregunta de LEA le incomoda.* Nada.

LEA, *insistente.* ¿ Nada?

ÉL. No. Nada. *Cada vez se encuentra más molesto.* ¿ Por qué?

LEA. Como estás ahí... Sin moverte desde que entraste... Me preguntaba si te pasaba algo.  
Algo en particular.

ÉL. No... No... Nada. No pasa nada... Un poco cansado... Es eso.

LEA. ¿ Dormiste algo?

ÉL. No.

LEA. ¿ Toda la noche en vela?



ÉL. Sí.

LEA, *molesta*. ¿Y el trabajo? ¿Cómo vas a hacer con el trabajo?

ÉL. No voy a ir.

LEA. ¿Ah, no?

ÉL. No. *Se vuelve a sentar en el respaldo.*

LEA. ¿Y qué les vas a decir?

ÉL. Que me desperté mal. Un poco descompuesto. Ya está. No tengo ganas de ir.

LEA, *amenazándolo*. Pueden mandar un médico.

ÉL. No mandan más. Eso era antes.

LEA. A veces mandan.

ÉL. No siempre.

LEA. ¿Y si mandan?

ÉL. Les digo que me siento mal. Hago como si... *Se detiene.*

LEA, *siempre acariciando su espalda*. Me duele todo. Recién tuve un sueño espantoso.

ÉL. De nuevo.

LEA. Una pesadilla horrible. *Mira hacia el televisor.*

ÉL. Son los medicamentos.

LEA, *mirando fijo el televisor como si lo que contara lo estuviera viendo en la pantalla que de hecho siempre permanece prendida*. Tenía algo adentro. *Se lleva una de las manos a su vientre*. Algo que me empezaba a roer. Por dentro. Una especie de animal que me iba comiendo de a poco todos los órganos. Algo extraño. Iba creciendo de a poco. Cada vez crecía más. Yo sentía el peso dentro de mí. Lo sentía moverse. De golpe... Frente a un espejo... Me miraba... No me podía reconocer de tan deforme que estaba. Una cosa espantosa. *Siempre sin mirarlo, como si este sueño le diera vergüenza*. Justo llegaste. En ese momento. *De pronto recuerda la hora*. No hay nada en la heladera. *Silencio*. Ni siquiera café. Nada. Anoche tuve que encargarme algo de comer. *Como si contara otro sueño*. Una pesadilla. Se equivocaron. Me trajeron pescado. Imposible de tragar. Un asco. Me puse un pedazo en la boca. Enseguida tuve que ir al baño a vomitar. Horrible. Algo atroz.

ÉL. ¿Otra vez los vómitos?

LEA. Desde hace unos días. Dicen que es normal. Los médicos. Que es una reacción a los medicamentos. *Vuelve a recordar la hora.* De nuevo voy a llegar tarde. *Se levanta y al ponerse de pie parece no poder sostenerse. Se recuesta contra el respaldo dos segundos y luego se incorpora sin problemas.* Es la cabeza... Toda una noche sin dormir... Es normal... *De pie junto al sillón.* Mi madre volvió a empezar de nuevo. *Lo mira.* Llamaron esta madrugada de la clínica. La tuvieron que internar de urgencia. *Se lleva una de sus manos a la frente.* Una vecina. Parece que una vecina la sintió caerse. Por suerte llegaron a tiempo. Estaba desnuda tirada en el suelo de la cocina. Se tragó treinta comprimidos. De un solo golpe. No sé de dónde los sacó. *Mirando hacia el suelo.* Treinta. Como si esta vez estuviera realmente decidida. No entiendo. Va a haber que ir por el apartamento. Debe haber de vuelta otro enchastre de jeringas y suero. La última vez, los médicos la entubaron sobre la mesa misma del comedor. El invierno pasado. Hubo que frotar durante horas para poder sacar las manchas. Hace un año. *Se detiene.* No. Menos. Hace menos de un año. Esta tarde no voy a poder pasar. Ni por la clínica, ni por el apartamento. Treinta comprimidos de un solo golpe. Debe hacer mal. El estómago. *Silencio.* Debe deshacerlo. *Mira hacia la ventana.* ¿Hace frío? *ÉL no responde, mira hacia abajo como si no la estuviera escuchando.* No me estás oyendo. *LEA lo mira.* Te hablo y no me escuchás.

*ÉL, saliendo de su silencio.* Estaba pensando...

LEA, *le interrumpe.* No. Simplemente no me estabas oyendo. No te importa lo que te cuento. Te aburre. Siempre la misma historia.

ÉL. Escuché todo. *Tratando de buscar en la reserva de su memoria.* Lo de tu madre. De vuelta. Los comprimidos. Treinta. El gas. La clínica.

LEA. Te pregunté si hacía frío.

ÉL. A esta hora siempre hace frío.

LEA, *mira por la ventana hacia afuera.* Hay poca luz. Cada día amanece más tarde.

ÉL. Está un poco nublado.

LEA, *siempre mirando hacia afuera.* Parece que estuviera lloviendo.

ÉL. Un poco. Algunas gotas. Apenas. Luego para.

LEA, *interesada por algo preciso*. El semáforo de la esquina está roto. No funciona. Los autos no saben qué hacer. Se atascan unos contra otros. No dan ganas de salir. No hay nada. Ni siquiera café. Ayer no tuve tiempo de comprar nada. Ni leche. Ni azúcar. Ni té. Ni siquiera jabón. La heladera debe estar vacía. Una o dos cervezas y un poco de hielo en el congelador. Nada. Esta mañana no hay nada. Solo el pescado de anoche. *Mira el plato blanco sobre el cual reposa el PESCADO plateado que esquivó desde el principio*. Un asco. Ni siquiera lo limpiaron bien. *ÉL levanta el plato y mira de cerca*. Las escamas. No le sacaron las escamas. Parece una serpiente. Una serpiente sobre un plato. *ÉL lo toma por la cola y lo levanta en alto para observarlo mejor*. Al menos le podrían haber sacado la cabeza. *LEA mira de lejos*. Los ojos. Parece que nos mirara. Que nos estuviera mirando. ¿Cómo la gente puede comer algo que lo está mirando?

ÉL, *observando con cierto rechazo el PESCADO que cuelga de su mano*. Le dejaron hasta las aletas.

LEA, *víctima de una mezcla de repulsión y pánico*. Y las branquias. Si uno mira para adentro se ve todo el interior de la cabeza. Todas las venas como cables. Se puede ver hasta el interior de los ojos.

ÉL. Hay quienes adoran comer las cabezas. A veces las preparan en caldo. Con los ojos y todo.

LEA. Lo peor son las escamas. *Se lleva una de sus manos a la garganta*. De cerca se ven unas manchas negras.

ÉL, *acerca el PESCADO a sus ojos*. Restos de placas de petróleo. *Ella se acerca lentamente y observa*. Por todos lados. Entre las escamas. Hacia la zona de la cola es donde hay más.

LEA. Y los ojos. *Los señala a una cierta distancia*.

ÉL. Siempre abiertos.

LEA. Todo alrededor tienen una aureola verde.

ÉL. Eso es normal. El tejido que rodea las órbitas es muy frágil y se descompone fácilmente.

LEA. Este está en avanzado estado de putrefacción.

ÉL. Los labios también. *Levanta el PESCADO en alto para poder ver mejor su boca*.

LEA. Están todos morados. Parece que tuviera frío.

ÉL. *Lo huele*. Hasta se puede sentir su aliento.

LEA. A mar podrido.

ÉL. Un aliento ácido. Repugnante.

LEA. *Se aleja y se apoya contra uno de los brazos del sillón*. ¡ Qué horror!

ÉL. Un aliento agrio.

LEA, *descompuesta*. Creo que...

ÉL. Como si fuera el aliento de un cadáver.

LEA. No me siento nada bien.

ÉL. Adentro todo es azul.

LEA, *dejándose caer en el sillón*. Tengo todo revuelto.

ÉL, *cada vez más interesado por el PESCADO*. Entre azul y violeta.

LEA, *suplicante*. ¡ Por favor!

ÉL. Hay algo que cuelga desde su garganta.

LEA, *se lleva una mano al cuello*. No puedo más.

ÉL, *siempre indiferente a LEA*. No me puedo dar cuenta si se trata de una arteria o de otra cosa.

LEA, *como si le faltara el aire*. Ese pescado.

ÉL. Parece un gusano.

LEA, *se lleva las dos manos al cuello como si le faltara el aire*. Las escamas.

ÉL. Un gusano blanco. O la carnada. Todavía adentro. Ni siquiera tiempo para digerirla.

LEA, *cada vez peor*. No puedo respirar. ¡ Por favor! Me falta el aire.

ÉL, *sorprendido por el estado de LEA*. Lea. *Deja el PESCADO sobre el plato y se dirige hacia ella*. ¿ Qué pasa?

LEA, *ahogada*. El aire. *Se sostiene el cuello con las dos manos*. No pasa. No puedo respirar.

ÉL. No es nada, Lea. *La sostiene entre sus brazos*. No es nada.

LEA, *deja caer sus manos a ambos lados*. No puedo. *Parece desvanecerse*.

ÉL, *pegándole dulcemente en el rostro*. Sí, Lea. Lea. Tratá de respirar.

LEA. No puedo.

ÉL. Sí. Sí, Lea, hay que poder. *LEA trata de respirar.* Eso es. De nuevo. *Al constatar que logra respirar.* Es solo un malestar pasajero. Ya pasó. De nuevo. Eso es. *LEA logra reanimarse.*

LEA, *con los ojos llorosos.* Ese pescado... De pronto... No sé que pasó...

ÉL, *tratando de calmarla.* Ya está. Ya pasó. Estás un poco cansada. Eso es todo.

LEA. Como si de pronto no pudiera respirar más.

ÉL. No fue nada grave. Solo un malestar.

LEA. Una sensación espantosa.

ÉL. Ya está. Ya pasó.

LEA. El aire no entra. Uno trata de respirar pero el aire no pasa. Como si no hubiera más aire.

ÉL, *yendo hacia la ventana.* En esta habitación hace mucho calor. La calefacción está muy fuerte. Falta aire. A mi también me duele la cabeza. *Mira la ventana.* Si al menos uno pudiera abrir las ventanas. *Mira por la ventana hacia afuera.* Si fuera posible abrirlas. Hacer que entrara un poco de aire nuevo. Fresco.

LEA. De todas formas ya pasó.

ÉL. De pronto hay un problema en el sistema de ventilación. *Mira hacia uno de los vértices de la habitación.* Un desperfecto técnico. Un problema con las hélices. A veces se traban. El aire no circula.

LEA. No. No. Fue ese pescado. Anoche mientras te esperaba tuve el mismo malestar. Peor. De repente parece que la cabeza de uno pesara toneladas. Uno no puede sostenerse en pie. Es espantoso. Luego pasa.

ÉL. Deberías tomar un vaso de agua.

LEA, *recomponiéndose cada vez más.* Ya está.

ÉL, *se dirige hacia donde está el plato con el PESCADO.* Lo mejor va a ser tirarlo a la basura enseguida.

LEA. No. Yo misma voy a bajarlo cuando baje. Sino va a apestar todo.

ÉL, *de pie junto al plato que está en el suelo, mira fijo el PESCADO.* Algo repugnante.

*Silencio*

ÉL. Y sin embargo, parece que en otros tiempos hubo hombres que lograron sobrevivir en el vientre de un pescado. *Levantando los hombros*. Eso dicen. Hombres que pasaron días y noches enteras en sus entrañas. Hace miles de años. Y lograban sobrevivir. Al cabo de un tiempo volvían a nacer. Eso cuentan.

*Silencio*

ÉL, *siempre mirando hacia el plato blanco que contiene el PESCADO*. Realmente repugnante.

LEA. Asqueroso. Parece que estuviera vivo.

ÉL. Que nos escuchara.

LEA. Que de un momento a otro nos fuera a saltar encima.

ÉL, *siempre mirando el PESCADO*. Recién, cuando subía en el ascensor me sucedió algo extraño. De pronto tuve la sensación que en lugar de subir, el ascensor bajaba. La sensación duró unos minutos. Todo el trayecto. El tiempo que el elevador pone para llegar a nuestro piso. Era como si en vez de subir, el ascensor bajara. *Mira a LEA*. Algo extraño. Los números indicaban que estaba subiendo, pero la sensación era realmente la contraria. *Vuelve al PESCADO*. No es posible me dije. Un ascensor no puede bajar tanto. Traté de detenerlo pero no pude. Una vez que está en marcha no es posible frenarlo. Ridículo. El ascensor seguía subiendo. Para mí sin embargo, seguía bajando. ¿Cómo es posible?, pensaba. En nuestro edificio solo hay un subsuelo. Un ascensor no puede bajar tanto. *Su propio relato parece angustiarlo*. No es posible. Debe haber un error. *Olvida el PESCADO*. No puede seguir bajando. Si lo hiciera, entonces ya estaría perforando la tierra. *Se lleva una de sus manos a la frente*. Esa era la sensación, que el ascensor estaba entrando en la tierra misma. Adentro mismo. Absurdo. Los números me seguían diciendo que subía, pero la sensación de descenso era cada vez mayor. Más alto iba, y más abajo me parecía estar. Más adentro. Extraño. Nunca antes me había pasado. *Mira a LEA, como si buscara en ella una explicación*. Una sensación horrible. De pronto empecé a pensar en cosas espantosas. No saber por ejemplo dónde iba a salir cuando el ascensor se detuviera y las

puertas se abrieran. Podía tratarse de un nuevo corredor. Un pasillo desconocido. O algo peor todavía, en un momento pensé que el ascensor podía no detenerse nunca más. Que de pronto podía seguir su trayecto en forma constante. Sin detenerse. Hasta el infinito. Como si no hubiera centro ni nada. Y conmigo adentro enjaulado.

*LEA sentada en el sillón bosteza y de a poco a medida que ÉL avanza en su relato, comienza a dormirse.*

ÉL. Traté de pensar en otra cosa. Cambiar de idea. De pronto levanté la vista y vi la cámara que hay en uno de los ángulos. Fue peor. *El miedo parece dominarlo por completo.* Pensé que podía haber alguien que en ese preciso momento sabía que yo estaba adentro del ascensor. Alguien que me estaba observando. Alguien que podía hacerme subir y bajar cuantas veces quisiera. Divertirse conmigo, como quien se divierte con una mosca encerrada en un frasco. La cámara ahí. Mirándome mientras yo sentía que seguía bajando cada vez más. ¿Y detrás de la cámara? ¿Quién? Nadie sabe. Alguien. O quizá nadie. Un misterio. *Vuelve a dirigir su vista hacia el PESCADO.* Pero en todo caso la cámara estaba ahí. Con eso alcanza. Eso ya es suficiente para inquietarlo a uno. Para intimidarlo. Imposible esconderse en un recinto rectangular cuando la cámara cuelga de uno de los ángulos. Matemáticamente imposible. Uno siempre entra en el campo visual del lente. Siempre está siendo visto. En todo momento. Lo máximo que uno puede hacer es darle la espalda. Ignorarla. Hacer como si no estuviera. Como si no hubiera ninguna cámara. Pero uno siempre es captado por el lente. Siempre. De pronto el ascensor empezó a detenerse, hasta que al final se detuvo del todo. *Abandona el PESCADO.* Las puertas demoraron como siempre unos segundos en abrirse. Cuando se abrieron, las trabé con uno de mis pies. Antes de bajarme quise confirmar bien que fuera nuestro corredor. No se veía nada. Todo estaba a oscuras. Para llegar hasta el interruptor hay que salir del ascensor y yo no quería hacerlo hasta no estar absolutamente seguro. Asomé la cabeza, y con la poca luz que salía del ascensor, me alcanzó para verificar que se trataba bien de nuestro corredor. *Es invadido por una sensación de vacío.* Recién ahí me animé a salir. Cuando encendí la luz

del pasillo las puertas del ascensor volvieron a cerrarse. Con una rapidez asombrosa. Algo extraño. Nunca me había pasado antes. No sé bien que fue lo que pasó. En todo caso estaba contento de haber llegado. De haber podido salir del ascensor. Cuando me detuve frente a nuestra puerta sentí un gran alivio. *Realmente emocionado*. Un alivio inmenso. Antes de poner la llave en la cerradura, apoyé la frente unos segundos contra la puerta. Respiré profundo. De pronto tuve una sensación extraña en la espalda. *Más emocionado aún*. Justo detrás de mí. Como un vacío. Como si faltara algo. Como si me hubieran sacado algo. No sé. No logré darme cuenta qué era. La cámara, quizá. No sé. De repente la luz del pasillo se apagó. De nuevo la oscuridad. Puse la llave en la cerradura y entré.

*Al terminar su relato se encuentra de pie en el mismo sitio que se encontraba al comienzo de la pieza y casi en la misma actitud. LEA también se encuentra como al comienzo de la pieza, dormida a lo largo del sillón. El PESCADO está en el mismo sitio. La luz es la misma que al inicio. Todo parece indicar que estamos de vuelta en el comienzo, aunque no lo estemos. Durante unos segundos debemos tener la sensación de que volvimos al principio o de que estamos viviendo algo “ya vivido” como lo dirá LEA. De hecho, las dos o tres réplicas y didascalias que siguen son las mismas que al inicio.*

*De pronto LEA se incorpora bruscamente, despertada por su propio sueño. Al incorporarse lo ve.*

LEA, mirándolo y llevándose una de sus manos al rostro, como para asegurarse que está despierta. ¿Qué hora es?

ÉL, sin moverse. Está amaneciendo.

LEA, llevándose una de las manos a la boca. Algo horrible... Espantoso... Mira hacia el televisor. Me parece que esto ya lo hubiera vivido. *Un poco desconcertada*. O soñado.

ÉL. A veces pasa.



LEA, *mirando el plato con el PESCADO*. Como si todo esto ya hubiera pasado. Ya lo hubiera visto. Como si todo fuera una segunda vez. Como si repitiéramos las mismas cosas. Los mismos gestos. Como si estuviéramos representando lo mismo que recién.

ÉL. ¿ El pescado también?

LEA, *siempre desconcertada*. También. El pescado también. Todo.

ÉL. Ya es de día.

LEA. El cansancio. Es eso. El cansancio. Todo se confunde adentro de uno. *Se lleva ambas manos a la cabeza como si fuera víctima de un dolor agudo*. La cabeza...

ÉL, *al verla quejarse de su cabeza*. ¿ Qué hay?

LEA. No sé.

ÉL. ¿ Otro malestar?

LEA, *agarrándose la cabeza entre sus dos manos*. Es acá. Adentro mismo de la cabeza.

ÉL. Como si pesara toneladas.

LEA. Como una puntada fuerte que viene de repente.

ÉL. Yo también. Es la falta de aire.

LEA. No. Es el pescado.

ÉL. El aire no circula en esta habitación.

LEA. De repente parece que uno tuviera mercurio en lugar de sangre dentro la cabeza. Como una especie de líquido denso que no quisiera drenar. Hace un poco mal pero uno termina acostumbrándose. Habitándose...

ÉL, *yendo a la ventana*. Uno debería poder abrir estas ventanas.

LEA. Luego pasa. Es solo un momento. Como una puntada.

ÉL. Poder respirar aire fresco.

LEA. Con el sistema de ventilación alcanza.

ÉL, *mirándola*. No, Lea. Justamente. Con el sistema no es suficiente. Estas ventanas se tendrían que poder abrir. Uno debería poder cada tanto sacar la cabeza para afuera y dar una buena bocanada de aire. Llenarse los pulmones de aire nuevo. De aire que todavía no fue respirado por nadie.

LEA. No se abren. Con el sistema alcanza.

ÉL, *mirando hacia el vértice en donde se encuentra el sistema de ventilación*. El sistema de ventilación es como si se tratara de aire reciclado. Usado. Por eso a veces las cabezas nos pesan toneladas, Lea. Por eso a veces andamos cansados por el apartamento sin poder dormir. Por eso esta fatiga. No es por el pescado. Es por culpa del aire saturado.

LEA. Es algo pasajero. Ya va a pasar. Ya está pasando.

ÉL, *comenzando a ponerse un poco sobresaltado*. Este aire vencido que respiramos en permanencia... Por eso este dolor de cabeza, Lea. Esta presión adentro de la cabeza de uno que parece que nos va a hacer saltar los ojos. Este aire saturado es como un escape de gas permanente. Si pudiéramos respirar un poco de aire fresco todo sería distinto. *Volviendo a dirigirse a la ventana*. Al menos una apertura donde poder acercarnos de tanto en tanto. Pero no. Nada. Ni siquiera una rendija por donde podamos sentir una corriente. *Estudia el marco de la ventana*. No es posible. Tiene que haber un sistema. Algo. Una posibilidad de apertura.

LEA, *convencida*. No. No hay nada.

ÉL, *insistente*. Tiene que haber algo. No es posible. *Siempre estudiando el marco de la ventana*. Con el sistema de ventilación no basta. No alcanza. En caso de urgencia, Lea. En caso de urgencia. *Poniéndose cada vez más excitado*. Si de pronto todos los sistemas de ventilación de todo el edificio dejan de funcionar al mismo tiempo. En ese caso moriríamos todos asfixiados. Todo el edificio. La torre entera. Tiene que haber un sistema de emergencia.

LEA. Te estoy diciendo que no hay.

ÉL. No es posible. Tiene que haber. *Golpea de forma nerviosa contra la ventana, ante la mirada asombrada de LEA*. No es posible. Tiene que haber algo.

LEA, *mirándolo fijo*. Esa ventana no se abre.

ÉL, *forzando uno de los marcos como si quisiera desprenderlo*. Tiene que poder abrirse.

LEA. No. No se abre.

ÉL, *fuera de sí mismo*. Por algún lado tiene que poder abrirse. *Golpea contra uno de los bordes*.

LEA, *inquieta por su repentina violencia*. Vas a terminar por romperla. *Se pone de pie*.

ÉL, *cada vez más violento*. No es posible. No es posible.

LEA, *mirándolo*. ¿Qué pasa?

ÉL. No es posible.

LEA, *asustada ante su violencia*. ¿Qué cosa?

ÉL, *siempre tratando de abrir la ventana*. Uno no puede vivir encerrado. Sin aire. *Forzando los marcos*. Sin poder respirar. Uno no puede. No puede. *Sus dedos fracasan a cada intento, lo cual lo pone más violento*.

LEA, *se acerca a la ventana*. ¡ Por Dios!

ÉL. Esta ventana por algún lado tiene que poder abrirse.

LEA, *suplicante*. Ya te dije que no.

ÉL, *sigue insistiendo*. Hay que poder abrirla.

LEA, *trata de acercarse a ÉL*. Si la seguís golpeando vas a romper el vidrio.

ÉL. Hay que poder abrirlo. El vidrio por algún lado tiene que abrirse.

LEA. Pero ¿ qué es lo que pasa?

ÉL, *cada vez más violento*. Por algún lado tiene que ser posible.

LEA, *lo toma por el brazo*. ¡ Por favor! Vas a despertar a los vecinos con tus golpes.

ÉL, *le da un golpe en la cara y la empuja violentamente contra la pared*. Hay que poder abrir estas ventanas. Uno necesita un poco de aire fresco.

LEA, *mirándolo aterrada desde la pared contra la cual fue empujada*. ¿ Qué es lo que te pasa? *Se lleva una mano a la boca y constata que le sangra una de las comisuras de los labios*.

ÉL. No es posible. *Ante el fracaso se pone a llorar como un niño*. No es posible, Lea. *Cae al suelo y queda de rodillas ante la ventana*. No es posible. Un día vamos a morirnos todos asfixiados.

LEA, *lo mira desconcertada, mientras con una de sus manos detiene el hilo de sangre de su comisura*. No entiendo qué es lo que pasa. Por qué todo esto. *Se acerca a ÉL*. El sistema de ventilación está funcionando sin ningún problema. Las hélices funcionan. Giran. En silencio, pero giran. A veces un poco más rápido o más lento, pero están girando.

ÉL, *siempre llorando*. No es posible, Lea.

LEA, *lo recoge entre sus brazos*. Pero, ¿qué es lo que no es posible? ¿Qué pasa?

ÉL. No sé.

LEA, *tratando de consolarlo*. ¿Qué pasó?

ÉL, *lentamente*. No sé. Yo, recién, no quise golpearte... No quise, Lea. Pero de pronto, no sé qué es lo que pasó. Algo extraño. Inexplicable. *Tiene la voz llorosa*. Como una necesidad. Una necesidad de golpear que no sé de dónde me salió. Yo en ningún momento tuve ganas de hacerlo. Ni de hacerte mal. Solo fue una necesidad. Una necesidad pasajera, Lea. La misma necesidad que a veces tenemos de respirar un poco de aire fresco. Solo eso.

LEA, *inquieta*. Pero antes...

ÉL, *le interrumpe*. Sí. Ya sé. Antes no.

LEA. Es algo nuevo.

ÉL. Nuevo.

LEA, *cautelosa*. Entonces... *Se detiene como si no quisiera continuar*.

ÉL, *como si tampoco quisiera decirlo*. Es otro nuevo síntoma. Aparece de pronto. Así. Sin explicación. Una nueva secuela. Una necesidad incontrolable de golpear. Eso dicen. Por ahora no se puede saber bien. Cada día dicen algo distinto.

LEA. Cada día aparece algo nuevo.

ÉL, *resignado*. Todavía no saben bien. No están seguros de nada.

LEA, *angustiada*. Es todo muy reciente.

ÉL. Nadie sabe nada.

LEA, *consolándolo*. Es normal. Hay que esperar.

ÉL. Esperar, ¿qué?

LEA. No sé, pero por el momento hay que esperar.

ÉL, *temeroso*. Parece que cada vez es peor.

LEA, *tratando de calmarlo*. Nadie puede saberlo.

ÉL. Sí, Lea. En casi todos hay las mismas reacciones.

LEA. Todavía no se sabe bien. Hay que esperar.

ÉL. Cada vez es peor, Lea. La semana pasada estuvieron haciendo una serie de pruebas para confirmar si hay o no una relación directa con el uranio. Los probaron con cerdos. Parece

que tienen los mismos tejidos que nosotros. Los resultados fueron desastrosos. Las reacciones epidérmicas son las mismas. Las mismas llagas.

*De pronto suena el teléfono. Ambos se miran asombrados.*

ÉL. A esta hora, ¿quién puede ser?

*Ella trata de tomar el teléfono inalámbrico que está sobre el sillón, pero ÉL lo descuelga primero.*

ÉL, *al teléfono*. Sí. *Pausa*. Diga. *Pausa*. Hola.

LEA, *inquieta*. ¿Quién es?

ÉL, *levanta un poco la voz mientras que con la otra mano se tapa el oído para poder escuchar mejor*. Hable. *Pausa*. No se oye. *Pausa*. Conteste.

LEA. ¿Quién es?

ÉL, *a LEA*. No se oye nada. *Al teléfono*. Conteste. *A LEA*. Cortaron.

LEA, *un poco nerviosa*. ¿Estás seguro?

ÉL, *sin dejar el teléfono*. Había alguien del otro lado.

LEA. Otra vez.

ÉL. Alguien que no quiso contestarme. *Se vuelve a llevar el teléfono al oído*. Hola. *Pausa*. ¿Hay alguien?

LEA. Dejame ver.

ÉL. No hay nadie. *Con el teléfono en la mano*. Cortaron. Sentí que me cortaron.

LEA. De pronto era de la clínica.

ÉL. ¿A esta hora?

LEA. Es posible.

ÉL. ¿Para qué van a llamar a esta hora?

LEA. Les dije que me iba temprano.

ÉL. Si fuera de la clínica habrían respondido. ¿Por qué no iban a responder?

LEA. Si llaman de vuelta...

*LEA es interrumpida por el teléfono que vuelve a sonar.*

LEA, *tendiéndole la mano*. Dejame responder.

ÉL, *volviendo a descolgar*. Sí. Hola. Hola. *Pausa*. Conteste. Hable. ¿Quién es? ¿Por qué no responde? *Pausa* ¿Me oye? ¿Por qué no contesta?

LEA, *siempre inquieta*. ¿Quién es?

ÉL, *en forma un poco violenta*. ¿Por qué no contesta? Usted está ahí del otro lado. Puedo oírlo. ¿Por qué no responde? ¿Qué es lo que quiere? ¿Me oye?

LEA, *temerosa*. No te pongas nervioso.

ÉL. Respóndame por favor. ¿Por qué nos llama? ¿Qué es lo que quiere? *Pausa*. Óigame bien. Le pido por favor que deje de llamarnos. *ÉL se acerca a la ventana y mira hacia afuera como si buscara la persona en el exterior*. ¿Me oye?

LEA. De pronto es alguien que tiene el número errado.

ÉL, *a LEA*. Lo escucho del otro lado. Lo oigo respirar. *Pausa*. Respira. Está ahí. Es él. De nuevo. *Le tiende el teléfono a LEA*.

LEA, *llevándose el teléfono al oído*. Sí. *Pausa*. Hola.

ÉL. ¿Lo oís?

LEA, *afirma con la cabeza*. Es él. Está empezando a jadear. *Al teléfono*. Hable. *Pausa*. ¿Con quién quiere hablar? Por favor. *Pausa*. Conteste. *A ÉL*. Lo reconozco.

ÉL. Es de vuelta él.

LEA, *a ÉL*. Jadea como un perro. Parece que tuviera la lengua afuera.

ÉL. Si lo tuviera enfrente se la cortaría. Se la arrancaría.

LEA, *al teléfono*. Conteste, por favor. *Pausa*. ¿Me oye? Oírlo jadear como un perro me da pena. Una mezcla de asco y de pena. Parece un animal. ¿Entiende? ¿Me entiende? *Pausa*. Usted me da asco. Además creo que es un enfermo mental. *A ÉL*. Cortó. *Verifica una vez más*.

ÉL, *siempre mirando hacia afuera*. Hacía unos meses que no nos llamaba.

LEA, *con el teléfono en la mano*. Es él, de nuevo.

ÉL. Creí que no nos iba a molestar más.

LEA. Su esposa está de viaje, por eso llama.

ÉL, *mirándola*. Lea, me prometiste que no nos iba a llamar más.

LEA. Yo... No puedo hacer nada. No depende de mí. *Mirando hacia el suelo*. No es culpa mía.

ÉL, *amenazante*. Me dijiste que la última vez le habías hablado...

LEA, *interrumpiéndolo*. No es cierto. Te mentí. Cuando entré a su despacho no pude. Iba a decírselo. Iba decidida. Aunque al otro día me llegara el despido. O un sumario. O un traslado. Pero a último momento no pude. Me quedé en blanco. Creo que él entendió. Se dio cuenta. No pude decirle nada. Nos miramos fijo durante unos segundos. Él con su cara hinchada de grasa. Asqueroso. Como siempre. Yo parada del otro lado del escritorio. No sabía qué decirle. Al final le inventé algo. No me acuerdo qué. Lo primero que se me vino a la mente. Pero no pude decírselo. No pude. No es fácil. Los superiores, quiero decir, no es fácil.

ÉL. Va a seguir llamando...

LEA, *le interrumpe*. Es solo una vez cada tanto. Solo cuando su mujer no está.

ÉL. La vez pasada duró todo un mes.

LEA. Esta vez solo se fue por tres días. Pasado mañana regresa. Viaje de negocios. Eso dicen.

*Pausa*. Es preferible esto que todo el resto. Además es la ocasión de poder insultarlo de tanto en tanto. *Pausa*. Le gusta. Le excita que lo insulten.

ÉL. ¿Y después? ¿En el trabajo?

LEA. Nos saludamos como dos personas civilizadas. Como todo el mundo. A veces, al mediodía comemos junto con los demás. Yo lo miro comer. Observo como trata de no manchar sus corbatas de marca. *Mira hacia el vacío*. Otra veces lo veo en reuniones importantes junto con otros superiores y pienso que unas horas antes lo oí jadear en el teléfono como un perro mientras se dejaba insultar.

ÉL. Parece que hay gente que le gusta.

LEA. Parece...

ÉL. Que le da placer hacerse tratar mal. Tiene un nombre.

LEA, *lo mira*. Estoy segura que no debo ser la única a la que llama. Las otras tardes lo vi con una de sus secretarias. Una estudiante de diecisiete años. Cada vez las contrata más jóvenes. Un tiempo. Luego las remplace. Dicen que es ella la que las despide. *Irónicamente*. Una empresa seria. Algunos comentan que le gustan las menores de edad. Parece que una de las limpiadoras encontró en uno de sus cajones una revista con niñas. Horrible. *Pausa*. Hace dos o tres años perdieron una hija. Catorce años tenía. Nada. Un accidente horrible. A las tres de la mañana. La madre manejaba. En la sangre le encontraron más de dos gramos de alcohol. Corría a ciento ochenta por hora. Una bestia. Tenía apenas catorce años. El parabrisas le abrió el cuello de un lado al otro. Desde ese día quedaron mal. Sobre todo ella. Él, dicen que siempre fue un poco tocado. Incluso desde antes. *Pausa*. Parece que abusaba de su propia hija desde hacía años. La madre por lo que cuentan, nunca lo sospechó. Nunca antes lo imaginó. Hasta que un día descubrió todo. La noche misma del accidente. Los otros días me lo contaron todo. Parece que fue en medio de una fiesta inmensa que daban en su residencia privada para celebrar un consorcio. La unión de tres de las empresas importadoras de armas más importantes del país. La mansión estaba llena de invitados. Clientes importantes. Todos hombres de negocios. Entre todos festejaban el monopolio del negocio de armas. Había también algunos políticos. Una fiesta impresionante. De pronto dicen que en medio de todo la madre decidió subir al baño. Un poco indispueta. El efecto del alcohol se empezaría a sentir. No sé. La cosa es que al pasar por el dormitorio de ellos, sintió que había gente adentro. Dicen que decidió empujar la puerta y fue ahí que lo vio todo. A él, su esposo, rodeado de otros colegas. Los socios. Todos semidesnudos. En el centro del grupo estaba su propia hija desnuda. El padre daba las órdenes. La tenían desnuda. Ahí. Entre todos. Parece que la madre la agarró, la sacó a la fuerza del dormitorio y la hizo bajar a los tropezones la escalera. Así. Desnuda. En medio de todo el mundo. Nadie entendía nada. Se metieron las dos en el primer auto que encontraron y a los diez kilómetros se estrellaron contra un camión cisterna que venía de frente. Así se terminó la celebración del consorcio. Al otro día taparon todo. Los nuevos socios amenazaron con retirarse si saltaba el escándalo en la prensa. Hubo que mentir para



salvar la imagen de la empresa. La versión oficial que inventaron fue que la muchacha iba sola conduciendo el vehículo. Un descuido de adolescente.

*Suena el teléfono de nuevo. Ambos se miran.*

ÉL, a LEA. No contestes. Debe ser él.

LEA, *mirando el teléfono*. Si no respondo es peor. Se va a poner de mal humor.

ÉL. Ya te fuiste.

*El teléfono sigue sonando.*

LEA. Él sabe que estoy acá.

ÉL. Ya te podés haber ido.

LEA. Conoce mis horarios.

*El teléfono sigue sonando.*

LEA. Sabe que todavía estoy.

ÉL, *entre suplicante y autoritario*. No contestes, Lea.

LEA, *mirándolo*. Si no lo hago es peor. Se pone todavía más agresivo.

*El teléfono sigue sonando.*

ÉL. Lea.

LEA, *decidida a descolgar*. No puedo. Sabe que estoy acá. Si no descuelgo es peor. Él sabe todo. *Descuelga*. Sí. *Pausa*. Hola. A ÉL. Es él. Lo oigo jadear. *Al teléfono*. Hable. Conteste. A ÉL. Solo jadea. *Al teléfono*. Parece un perro. Un animal. Un cerdo. Eso es lo que es usted. Un cerdo. Un cerdo que solo sabe jadear. Un cerdo que no sabe hacer otra cosa más que firmar contratos y tocarle el culo a las secretarias. *Levantando la voz*. Hijo de puta. Miserable. Hijo de puta.

ÉL. Lea.

LEA, a ÉL. Cada vez se excita más. Puedo oírlo. *Al teléfono*. Desgraciado. Un cerdo que jadea con la lengua afuera. Su cara me repugna. Sus manos me repugnan. Su cuello lleno de grasa me repugna. Sus dientes amarillos me repugnan. Todo usted me repugna. *Cada vez más agresiva*. Miserable. Cretino. Usted no puede imaginarse el asco que me da. Sus uñas sucias me repugnan. Su nariz me repugna. Su misma respiración me da asco. Desgraciado. Enfermo. Usted es un enfermo mental. *Parece perder el control*. Al frente de una multinacional, pero un enfermo mental. ¿Me oye? Puedo oír su jadeo. Su respiración toda crispada. Usted es un miserable. Además, hacerle eso a una hija. A la propia hija de uno. Degenerado. Cerdo.

ÉL, *preocupado*. Lea.

LEA, *cada vez más decidida*. Catorce años. Era una niña. Una niña. ¿Me oye? Yo lo oigo. Puedo oír como cada vez se excita más. Bestia. Animal. Catorce años. *Comienza a llorar*. No se le hace eso a una niña. Y menos a la propia hija de uno. Cerdo. Usted es un cerdo peligroso que lo único que sabe hacer es comprar y vender armas. *Se desmorona sobre el sillón*. Un traficante de mierda que solo piensa en agrandar la piscina de su residencia de verano. Que solo piensa en la compra y la venta. Que solo piensa en llamar a sus secretarias para jaderarle un poco al oído. Cerdo. Eso es lo que usted es. Un verdadero cerdo. No puede imaginarse el asco que me da. Sucio. Desgraciado. *Lentamente aleja el teléfono de su oído pero sigue insultando al vacío*. Enfermo. Un enfermo. Catorce años. Animal. Bestia...

ÉL, *se acerca a LEA y cuelga el teléfono*. Lea. *Ella lloriquea, cubriéndose la cara*. Lea.

LEA, a ÉL. Es solo tres días. *Pausa*. Pasado mañana llega. *De a poco se va calmando*.

Cuando ella está, nunca llama. *Se seca las lágrimas con su mano*. Solo tres días.

ÉL. Lea.

LEA, *cada vez más recompuesta*. Es mejor esto que no contestarle. Ya está. *Tratando de asegurarse a ella misma*. Por hoy ya está.

*ÉL va hacia la ventana y mira hacia afuera.*

LEA, *como si sintiera un gran alivio*. Ya pasó. No creo que vuelva a llamar. *Mirando hacia la ventana*. Ya casi es de día. ¿Sigue lloviznando? *ÉL afirma con la cabeza*. Se me va a hacer tarde. *Se pone de pie*. Y la heladera vacía. *Se lleva una de sus manos a la frente*. Sin nada. *Se dirige hacia la ventana al lado de ÉL*. Ni siquiera una cuchara de café. *Mira junto con ÉL hacia el exterior*. El cielo está gris. Las mismas nubes de siempre. En esta ciudad siempre está nublado. *ÉL se aleja*. Siempre el mismo cielo.

ÉL, *con una voz suave*. Lea...

LEA, *siempre mirando hacia afuera, parece no haberlo oído pronunciar su nombre*. Siempre el mismo tiempo.

ÉL, *tímidamente de pie junto al sillón*. Lea... *No la mira*.

LEA, *siempre sin oírlo*. Todos los días es igual. *Parece interesada en algo preciso del exterior*. Un hombre corre a una mujer. En la esquina. La agarra de los pelos. La tira. Le pega. Ella grita. Parece que estuviera gritando. La gente mira.

ÉL, *mirándola*. Lea...

LEA, *sin oírlo*. El hombre le sigue pegando. La mujer está tirada en el piso. Se cubre la cabeza con las manos mientras él le da patadas en la espalda. Cuatro muchachos pasan en patines y los miran. Siguen su trayecto. El hombre le sigue dando patadas. Los autos que pasan al lado, bajan de velocidad para poder ver mejor. Ella grita. Se cubre la cabeza con las manos.

ÉL. Lea... Yo...

LEA, *siempre con la mirada fija en el exterior*. El hombre le sigue dando patadas en todo el cuerpo. La gente que espera en la parada, sigue mirando de lejos. El hombre se va. La mujer queda tirada. En medio de la vereda. Se retuerce de un lado a otro. El hombre desaparece. Todos siguen mirando.

ÉL. Lea.

LEA, *lo mira*. ¿Qué?

ÉL, *mirándola de frente*. Anoche maté a un hombre.

LEA, *sin entender*. ¿Qué?

ÉL. Lo que oíste.

LEA, *sigue sin entender*. Creo que no oí bien.

ÉL, *sin quitarle la vista*. Dije que anoche maté a un hombre.

LEA, *al lado de la ventana*. ¿Qué estás diciendo?

ÉL. Que acabo de matar a un hombre.

LEA, *desconcertada*. No entiendo bien qué es lo que me querés decir.

ÉL, *molesto*. Que maté a un hombre.

LEA, *evasiva*. Estoy llegando tarde. No tengo tiempo para este tipo de bromas.

ÉL. Lea, no es ningún tipo de broma. Antes de venir maté a un hombre.

LEA. ¿Quién?

ÉL. Yo.

LEA, *mira hacia afuera*. No entiendo.

ÉL. Anoche maté a un hombre.

LEA, *siempre mirando hacia afuera*. ¿A quién?

ÉL. No sé. Un desconocido.

LEA, *lo mira*. ¿Cómo que mataste a un hombre?

ÉL, *desconcertado*. No sé. De pronto maté a un hombre.

LEA, *inquieta*. ¿Dónde?

ÉL, *le evita la mirada*. En un hotel.

LEA. ¿En un hotel?

ÉL. Sí, en la habitación de un hotel.

LEA. Creo que no estás bien.

ÉL, *con la voz emocionada*. Hace menos de una hora.

LEA, *absolutamente desconcertada*. ¿Un desconocido en un hotel?

ÉL. Era un hombre que conocí en un parque.

LEA, *como si cada vez comprendiera menos*. ¿En dónde?

ÉL. En un parque.

LEA. ¿Cuándo?

ÉL, *con la voz cada vez más entrecortada*. Ayer mismo. *Pausa*. Anoche cuando salí de acá, fui a caminar por un parque y ahí lo encontré. *Pausa*. Fuimos a tomar algo y luego fuimos a un hotel. *Pausa*. Al hotel en donde lo maté.

LEA, *cada vez más inquieta*. ¿Quién era?

ÉL, *levanta los hombros*. No lo sé. Un desconocido. Un hombre que estaba en el parque como yo.

LEA. ¿Y qué estaba haciendo en el parque?

ÉL. Lo mismo que yo. Buscaba a alguien.

LEA. ¿A quién?

ÉL. A nadie en particular. Solamente a alguien.

LEA. ¿A alguien?

ÉL. A alguien que pasase por ahí y que tuviera ganas de hablar un poco.

LEA, *realmente confusa*. No entiendo qué es toda esta historia.

ÉL. De ahí, del parque, nos fuimos a tomar algo...

LEA, *le interrumpe*. ¿Con quién?

ÉL. Con este hombre.

LEA. ¿Y luego?

ÉL. Luego decidimos ir a un hotel.

LEA. ¿A un hotel con un desconocido?

ÉL. Sí, Lea. A un hotel con un desconocido.

LEA, *un poco molesta*. ¿Para hacer qué?

ÉL. Lea.

LEA. ¿Qué hicieron?

ÉL. Entramos y nos tiramos en la cama. *Pausa*. Luego empezamos a desvestirnos hasta quedar desnudos.

LEA, *agresiva*. Estás delirando.

ÉL, *tratando de convencerla*. No, no estoy delirando.

LEA. Sí. Estás cansado. Es eso.

ÉL, *sin mirarla*. Lea, yo me acosté con ese hombre.

LEA, *sin querer mirarlo*. No te creo.

ÉL. Por eso no vine a dormir esta noche.

LEA, *sin querer creerle*. Te quedaste caminando, me dijiste.

ÉL. Te mentí, Lea. En realidad pasé toda la noche con este hombre y luego lo maté.

LEA, *siempre sin creerle*. ¿Cómo? ¿Con qué?

ÉL, *avergonzado de tener que decirlo*. Con los cordones de sus zapatos.

LEA, *como si no hubiera escuchado bien*. ¿Con qué?

ÉL. Con los cordones de sus zapatos. *Pausa*. Lo estrangulé con sus propios cordones.

LEA, *le lleva la palma de su mano a su frente como si quisiera verificar su temperatura*.

Deberías acostarte y dormir.

ÉL. Lea, te estoy diciendo que maté a un hombre.

LEA. No es posible.

ÉL. Que lo estrangulé con mis propias manos.

LEA. Debés tener fiebre. El aire.

ÉL, *dulcemente aparta la mano de LEA de su frente*. No, Lea.

LEA, *sentándose a su lado*. ¿Y por qué?

ÉL. Por qué, ¿qué?

LEA. Por qué motivo habrías matado a alguien.

ÉL, *desconcertado*. No sé. No lo sé, Lea. Fue de pronto. De improviso. Como recién cuando te golpeé. Lo mismo. No sé qué es lo que me pasó. Algo extraño. Una necesidad que no sé de dónde me salió. Pero en ningún momento yo tuve ganas de hacerlo. En ningún momento. Una necesidad, Lea. Solo una necesidad inexplicable. *Con la voz llorosa*. Lo mismo que recién. Una necesidad sin explicación. *Como si estuviera viendo la escena frente a sí y la estuviera describiendo*. De pronto agarré sus zapatos, desaté los cordones, se los enrosqué al cuello y lo estrangulé. Él no resistió ni nada. Todo duró menos de un segundo. Fue tan rápido que ni siquiera me pude dar cuenta.

LEA, *entre aterrada e indiferente*. No te creo.

ÉL. Es cierto, Lea.

LEA. ¿Y el cadáver? ¿Dónde está el cadáver?

ÉL. Lo dejé en la habitación. Sobre la cama. Ni siquiera lo dí vuelta. No pude. Nunca hubiera imaginado que un cadáver podía pesar tanto. Lo dejé en la cama y me vine.

LEA. Sé que me estás mintiendo.

ÉL. No, Lea. No te estoy mintiendo.

LEA. Tendrías que dormir un rato. Estás delirando.

ÉL. No, Lea.

LEA. Eso es cansancio. Es posible que tengas fiebre. Tendrías que tomar algo. Algún calmante o algo para poder descansar. *ÉL llora.* Cuando uno pasa toda una noche sin dormir, todo se mezcla en la cabeza de uno. Y encima la fiebre. Uno no distingue bien las cosas cuando se está muy cansado.

ÉL, *mirándola de manera suplicante.* Habría que hacer algo.

LEA. Una buena siesta.

ÉL. No, Lea. Habría que...

LEA, *le interrumpe.* Nada.

ÉL, *retomando su idea anterior.* Habría que llamar a la policía.

LEA. Solo tenés que dormir y cuando te despiertes te vas a sentir mejor.

ÉL, *suplicante.* Lea, yo...

LEA, *siempre interrumpiéndolo como si no quisiera que siguiera hablando.* Estoy segura que estuviste tomando algo.

ÉL. Nada, Lea.

LEA. Lo mejor es que te acuestes en el sillón y que duermas. *Lo ayuda a tirarse en el sillón.*

ÉL, *la mira con los ojos llorosos.* Lea, ¿por qué no me crees que acabo de matar a un hombre?

LEA, *también mirándolo a los ojos, después de una breve pausa.* Porque sé que no lo hiciste. *Pausa.* Porque nadie mata a un desconocido así porque sí. Sin un motivo preciso.

ÉL. Y sin embargo...

LEA, *le interrumpe.* Estoy llegando tarde de nuevo.

ÉL. Lea.

LEA, *ignorándolo.* Tengo que irme.

ÉL, *mirándola*. Lea, por favor...

LEA, *vuelve a interrumpirlo*. Estoy cansada de tener que llegar siempre tarde.

ÉL, *suplicante*. Lea... Por favor... Estoy necesitando que me ayudes...

LEA, *de pie al borde del sillón*. Hay que dormir. Descansar.

ÉL, *le estira el brazo*. No, Lea... Estoy necesitando...

LEA, *tratando de consolarlo*. Cuando te despiertes te vas a sentir mejor.

ÉL, *desesperado*. No sé qué hacer...

LEA, *siempre de pie al borde del sillón*. Nada. No hay nada que hacer.

ÉL. Yo mismo lo maté...

LEA, *tratando de consolarlo una última vez*. Tenés que dormir. Descansar. Yo me encargo de llamar al mediodía al trabajo para decir que estás enfermo. No estaría nada mal que te mandaran un médico. Después de todo te haría mucho bien. En lo posible no salgas y tratá de descansar. Un beso. Hasta luego.

*Quedan como al principio, pero esta vez es ÉL quien está tendido en el sillón y LEA quien está de pie en uno de los ángulos de la pieza.*

ÉL, *tímidamente*. Lea.

LEA, *mirándolo desde su sitio*. ¿Qué?

ÉL. Apenas se defendió.

*LEA lo mira. ÉL comienza a llorar.*



## TARDE

*La misma habitación. La misma luz. El mismo televisor. El mismo teléfono rojo. El mismo plato blanco con el mismo PESCADO plateado. Nada más.*

*Es de tarde.*

*ÉL duerme acostado a lo largo del sillón. El televisor sigue encendido. Como al principio, la luz de la pantalla nos deja ver su cuerpo. Los movimientos y variaciones de la pantalla se reflejan sobre su rostro, que parece deformarse a cada segundo.*

*De pronto en uno de los ángulos de la pieza, descubrimos la figura del SOLDADO que de pie lo apunta con una ametralladora. Está vestido con su uniforme de guerra. Lleva casco y botas. La cara pintada con las manchas de camuflaje. Lo mira fijo y sin moverse.*

*Como si desde lo más profundo de su propio sueño pudiera sentir que lo están amenazando; de un golpe ÉL se incorpora bruscamente. Al incorporarse lo ve. Ve el arma dirigida contra él.*

*ÉL, mirándolo asombrado. ¿Qué hace usted acá?*

*SOLDADO, sin moverse y siempre apuntándolo. No se mueva.*

*ÉL, con un cierto temor. ¿Quién es usted? ¿Qué quiere? El SOLDADO avanza lentamente y mirando en todas direcciones como si se encontrara en medio de una situación bélica. Cada uno de sus movimientos es sumamente calculado. ¡Contésteme! El SOLDADO lo apunta. ¿Por qué me amenaza? ¿Qué es lo que quiere?*

*SOLDADO, sin bajar el arma. Nada.*

ÉL, *desconcertado*. ¿ Por dónde entró?

SOLDADO, *haciendo un gesto con su cabeza hacia uno de los ángulos*. Por la puerta.

ÉL, *se pone de rodillas en el sillón*. Usted está en una casa privada. No tiene derecho a entrar de esta forma. *Señala con su mano hacia el ángulo de la habitación*. Hágame el favor de retirarse.

SOLDADO, *tensa sus músculos y la ametralladora como si fuera a disparar*. No se mueva. *Se acerca más y lo amenaza de más cerca*.

ÉL, *paralizado*. ¿ Qué hace?

SOLDADO, *llevando la punta del arma a su cabeza*. ¡ Quédese quieto!

ÉL. ¿ Por qué me apunta? *Intenta alejar su cabeza del arma*.

SOLDADO. Le estoy diciendo que no se mueva. *Le acerca más todavía el arma a su cabeza*.

ÉL, *sin moverse*. ¿ Por qué entra usted de repente en mi propia casa y me amenaza sin ninguna explicación? ¿ Qué es lo que quiere?

SOLDADO. Ya le dije que nada.

ÉL. Entonces, ¿ por qué me amenaza? ¿ Por qué pone su arma contra mi cabeza? ¿ Por qué me apunta?

SOLDADO, *sin dejar de apuntarlo*. La costumbre...

ÉL, *cada vez más desconcertado*. ¿ Quién es usted?

SOLDADO, *levantando los hombros*. No sé.

ÉL. ¿ Por qué está vestido así?

SOLDADO. Así, ¿ cómo?

ÉL. Como un soldado.

SOLDADO. Porque lo soy. *Saca una placa de metal que cuelga de una cadena que lleva alrededor de su cuello*. Cuarto regimiento. *Le muestra de lejos la placa*. Para identificarnos en caso de accidente.

ÉL, *cada vez más asombrado*. ¿ Qué es lo que quiere?

SOLDADO. ¿ Quién?

ÉL. Usted.

SOLDADO. Nada.

ÉL. Entonces, ¿a qué viene?

SOLDADO, *sin dejar en ningún momento de apuntarlo*. No lo sé.

ÉL. ¿Quién lo manda?

SOLDADO. Nadie.

ÉL, *siempre inmóvil*. ¿Por qué me amenaza entonces?

SOLDADO. Ya le dije. La costumbre. Un vicio. Un reflejo.

ÉL, *suplicante*. Dígame por favor de dónde viene.

SOLDADO. De la guerra. De pilotear durante meses enteros un Stealth F 119. De bombardear todo el tiempo refinerías de petróleo, bases militares y ciudades enteras. *Como si de pronto hubiera sido invadido por el recuerdo de la guerra, deja de apuntarlo y baja el arma*. De ahí vengo.

ÉL, *extrañado*. Pero ¿de qué guerra me habla?

SOLDADO. De la guerra.

ÉL. ¿Cuál?

SOLDADO, *señalando hacia la ventana*. La que hay en este momento. *Le da la espalda y se dirige hacia la ventana*.

ÉL. Ninguna. En este momento no hay ninguna guerra.

SOLDADO. Sí.

ÉL. ¿Qué está diciendo?

SOLDADO, *riendo*. En todo momento siempre hay alguna guerra. Ahora mismo.

ÉL. ¿En dónde?

SOLDADO, *mira por la ventana hacia afuera*. En alguna parte.

ÉL. No entiendo.

SOLDADO. Desde acá se puede oír.

ÉL. ¿De qué guerra habla?

SOLDADO. De la misma guerra de siempre.

ÉL. ¿Cuál?

SOLDADO. La que se está llevando a cabo en este mismo momento.

ÉL, *señalando con su brazo hacia la ventana*. Actualmente no hay ninguna guerra.

SOLDADO. Eso es lo que usted cree.

ÉL. No entiendo.

SOLDADO, *siempre mirando hacia afuera*. No hay nada que entender.

ÉL, *se lleva una de sus manos a la cabeza como si tuviera una fuerte puntada*. ¿Quién es usted?

SOLDADO, *un poco molesto*. Ya se lo dije.

ÉL. No.

SOLDADO. Sí.

ÉL. Usted me dijo que no sabía.

SOLDADO. No lo sé.

ÉL. Un soldado.

SOLDADO. Un soldado.

ÉL, *cae en el sillón y queda sentado*. Usted quiere decirme que en este preciso momento hay una guerra. *Mira hacia el vacío sin entender la situación*.

SOLDADO, *mirando hacia afuera*. Ahora mismo.

ÉL. Y que usted viene de ahí.

SOLDADO. Meses enteros de servicio, sin ni siquiera un fin de semana de descanso. Sin siquiera un solo permiso de dos días para ir a ver la familia. Lo que queda. Parece que eso puede ser malo, dicen. Puede perturbar y desconcentrar. Eso es lo que dicen. Desordenar. Por eso nos hacen esperar todo este tiempo. *Lo mira*. Meses enteros piloteando un Stealth. Un Stealth F 119. Todo un arte. Una maravilla, los últimos modelos. ¿Los conoce? *ÉL niega con la cabeza*. ¿Nunca los vió? Algo increíble. Actualmente con un Stealth F 119 es posible apuntar desde altitudes asombrosas sin correr ningún riesgo. Nada. Una precisión asombrosa. Es posible tirarle hasta a las ratas que deambulan por los sótanos de las refinerías durante la noche. Estupendo. Última tecnología al servicio del progreso. Basta de guerras sucias. Hoy en día es posible desatar guerras limpias y silenciosas...

ÉL, *interrumpiéndolo*. No entiendo de lo que me está hablando...

SOLDADO, *interrumpiéndolo a su turno*. La limpieza de nuestras guerras. La higiene. ¡Míreme bien! *ÉL lo mira*. ¿Usted me ve sucio? Dígame, ¿me ve usted con la cara o las

manos manchadas? ¿Sangre, usted ve en alguna parte? No, ¿verdad? ¡Mire mis manos! ¡Mírelas bien! *Le tiende las dos manos*. Y mis pantalones. Nada. Ni la más mínima mancha de nada. *ÉL asiente con la cabeza*. Y mis botas. ¡Mire mis botas! Una maravilla, ¿verdad? Apenas en la cara algunas manchas. Maquillaje. Una cuestión de camuflaje. Para pasar inadvertidos. Para que nos confundan con el barro. El resto, nada. No parece que uno viniera de una guerra. Por ello usted no me cree. Si no fuera por el casco, podría ser un ciudadano normal como los demás. Un civil. Nadie podría imaginar que vengo de una guerra. Una apuesta y todos pierden. En este momento los trajes militares están de moda. Usted mismo debe tener alguno. Estoy seguro. Se podría decir que vengo de una universidad o de una discoteca. Algo realmente estupendo, la limpieza de las nuevas guerras. ¿No le parece? Eso es lo que quiero decirle. Lo que intento explicarle. *De pronto comienza a expresarse de forma automática como si repitiera un manifiesto que conociera de memoria*. Toda una higiene bélica que trataron de imponerle a nuestros ejércitos, las altas autoridades...

ÉL, *tratando de detenerlo*. Mire, yo...

SOLDADO, *ignorando por completo su intervención y hasta su presencia*. Está bien que así sea. La limpieza es importante en el mundo en que vivimos. La higiene forma parte de la disciplina y nuestra disciplina debe ser ejemplar. Un ejemplo para la sociedad entera. Para todos. Sin exclusión de nadie.

ÉL, *volviendo a intentar detenerlo*. No creo necesario que...

SOLDADO, *siempre concentrado en su propio discurso*. ¡La disciplina y la higiene! En los tiempos que corren, la gente se preocupa de más en más. Nosotros también. Hay que responder a la demanda cívica. Higiene. La gente quiere higiene. Nuestro ejército debe estar limpio. Ser limpio. Oiga, este ejército es de todos. Les pertenece a todos. Nos pertenece a todos. A usted. A mí. A sus vecinos. A sus hijos. Y algún día pertenecerá a los hijos de sus hijos. El privilegio del sistema que permite preservar la especie. Cada una de nuestras operaciones es tan nuestra como suya. Cada bombardeo es mérito tan nuestro como suyo. La democracia es eso: esta ametralladora es tan mía como suya. Yo la manipulo, usted la paga. Está bien que nos exijan disciplina. Solo la disciplina deja ganar

una guerra. Llevarla adelante. Oiga bien, toda sociedad tarde o temprano necesita de una que otra guerra. ¿Me entiende? Las instituciones: darles un sentido o salvarlas. Sacudirles el polvo.

ÉL, *lo detiene*. Yo no entiendo nada de todo esto.

SOLDADO. Sí. Usted entiende.

ÉL. Le estoy diciendo que no.

SOLDADO. No se haga el idiota.

ÉL. Yo no me hago el idiota. Lo único que quiero es que usted se retire de mi casa.

SOLDADO, *de su bolsillo saca un puñado de arena que deja escurrir lentamente de una de sus manos*. Mire... Apenas algunos granos de arena. En los bolsillos se escurren o en el dobladillo de los pantalones. Dentro de las botas. Imposible de evitar. Inevitable.

ÉL. Nada de lo que usted me cuenta me interesa.

SOLDADO. Usted no se imagina cómo sopla el viento en una guerra. No se imagina lo que puede ser una tormenta de arena en medio de una guerra...

ÉL, *interrumpiéndolo*. Su guerra no me interesa en lo más mínimo.

SOLDADO, *con un cierto desprecio*. Usted es incapaz de imaginárselo.

ÉL, *irritado*. No me interesa. Eso es todo.

SOLDADO. La arena se incrusta. En el rostro. Un montón de alfileres heladas. Se cuela por todos lados. Imposible evitar que se escurra dentro de la ropa. Imposible. Pero solo se trata de un poco de arena y nada más. Solo eso. De noche cuando volvemos a nuestras bases militares nos duchamos todos juntos. Da gusto ver un agua tan limpia escurriéndose por las rejillas. En los tiempos que corren no hay nada tan limpio como un soldado. Un diputado llega más sucio a su casa por la noche que un soldado de la guerra. No le exagero. Venga... Huélame...

ÉL, *incómodo*. Oiga...

SOLDADO. Venga...

ÉL. Mire, yo...

SOLDADO, *insistente*. Vamos, venga... *Le hace un gesto con el rostro*. Venga y huélame...

ÉL. No creo que...

SOLDADO, *como si le diera una orden*. ¡ Acérquese!

ÉL, *un poco temeroso*. Oiga, me parece que...

SOLDADO, *interrumpiéndole de forma brusca*. Le estoy diciendo que venga.

ÉL. No encuentro ningún interés...

SOLDADO, *lo apunta con su arma*. Le estoy dando una orden.

ÉL, *suplicante*. ¡ Por Dios!

SOLDADO, *apuntándole de frente*. ¡ Acérquese!

ÉL, *tratando de calmarlo*. Baje el arma, por favor.

SOLDADO, *más irritado aún*. No me diga lo que tengo que hacer.

ÉL. No me gusta que me apunten.

SOLDADO, *poniendo el dedo en el gatillo pronto a disparar*. No me gusta que me apunten.

Usted habla con frases hechas. Ya conocidas. No me gusta que me apunten. Mala réplica.

Una frase idiota. Innecesaria. A nadie le gusta que lo apunten. ¡ Venga!

ÉL, *suplicándole*. No dispare.

SOLDADO, *levantando la voz*. ¡ Entonces acérquese de una vez!

ÉL, *obedeciéndole y acercándose lentamente*. Está bien. Me acerco.

SOLDADO, *baja el arma*. ¡ Huela! ÉL *se aproxima al SOLDADO y huele tímidamente su cuello*. Eso es. *Al ver que se retira*. ¡ No! ¡ Más!

ÉL, *tratando de apartarse*. Ya olí...

SOLDADO, *lo vuelve a apuntar*. ¡ Más! Huela más. Eso no es suficiente.

ÉL. Con eso me alcanza.

SOLDADO, *acercándose él mismo*. No me haga forzarlo. ¡ Venga! *Lo toma por el cuello y lo acerca brutalmente contra sí mismo*. ¡ Huela acá! *Deja de apuntarlo*. Eso es. *Le aprieta la cabeza contra su cuello*. ¿ Huele?

ÉL. Sí. Sí. Huelo.

SOLDADO. ¿ Siente?

ÉL. Sí. Sí. Siento.

SOLDADO. ¿ Qué es lo que siente?

ÉL. Su olor.

SOLDADO. ¿ Lo puede sentir bien?

ÉL, *temeroso*. Sí. Sí. Lo siento perfectamente.

SOLDADO. ¿ Y a qué huele?

ÉL. A limpio. Huele a limpio.

SOLDADO, *tomándolo por la nuca le dirige su cabeza*. Bien. Ahora acá. *Le baja su cabeza hasta sus pectorales*. ¡ Acá, le digo! *Parece excitarse al sentir la respiración contra su cuerpo*. Eso es. El tórax, huelo mi tórax. *Como si se sintiera extasiado*. Huela bien. Eso es. Más. *Le obliga a pasar su rostro contra todo su pecho*. Huela bien. ¿ Siente?

ÉL, *como si estuviera asfixiado*. Sí.

SOLDADO. Limpio, ¿ verdad? *De a poco le va obligando a bajar su cabeza hacia su vientre*. Recorra bien todo mi cuerpo. Mis costillas. Eso es. ¡ Acerque más la nariz! *Siempre teniéndolo por la nuca*. Así. Eso es. Como un perro. Huela como un perro. ¿ Siente?

ÉL, *no pudiendo resistir más*. ¡ Basta, por Dios!

SOLDADO, *cada vez más excitado*. No. Todavía no terminamos. Aquí. Huela aquí. Baje un poco. *Lo trata de hacer poner de rodillas*. ¡ De rodillas!

ÉL, *tratando de resistir en vano*. ¡ Por favor!

SOLDADO, *obligándolo por la fuerza a ponerse de rodillas hasta quedar frente a su sexo*. Eso es. Huela bien. *Le aprieta su cabeza contra su sexo*. ¿ Siente?

ÉL. ¡ Por Dios!

SOLDADO, *acariciándole la cabeza*. Quiero que me huelo bien.

ÉL, *trata en vano de apartar su cabeza*. ¡ Basta!

SOLDADO, *le apunta en la frente*. Huela bien.

ÉL, *suplicándole de rodillas*. ¿ Qué sentido tiene?

SOLDADO. No importa. *Le fuerza su cabeza hasta poner su rostro contra su sexo*. ¡ Sienta!

ÉL, *implorándole*. Me hace mal... Con el arma... Me está haciendo mal...

SOLDADO, *siempre amenazándole con el arma en una mano y con la otra mano acariciándole la cabeza*. Huela ahí. Las ingles. Eso. Los muslos. Acérquese más. Huela. *ÉL obedece*. Ahí. Acérquese ahí. Las piernas. Respire bien. *ÉL da grandes bocanadas*. A fondo. Siente la fuerza de mis músculos. Limpios, ¿ verdad? Abra la boca así puede



respirar mejor. Eso es. Puedo sentir su aliento contra mis genitales. Abra más. Más. Eso.

Acérquese más. Si saca su lengua afuera también puedo sentir su saliva...

ÉL, *tratando de apartarse bruscamente*. ¡ Por favor!

SOLDADO, *lo aprieta violentamente contra su sexo*. ¡ Siga!

ÉL, *lloroso*. No puedo.

SOLDADO, *apuntándolo*. Sí que puede. Siga, le digo. *Con la otra mano le tira del pelo*. La lengua afuera. *ÉL saca la lengua*. Respire bien. *La imagen de ÉL de rodillas y con la lengua afuera lo asemeja a un perro*. Eso es.

ÉL. ¡ Por Dios!

SOLDADO, *lo fuerza más*. La lengua afuera. ¡ Vamos! ¿ Siente mi sexo? ¿ Lo siente? Limpio, ¿ verdad? Una delicia. *ÉL escupe*. ¿ Por qué escupe? En estos casos no hay que desperdiciar saliva. *Le da un golpe con su mano en la cabeza*. Hay que hacerla entrar hasta el fondo de la garganta para sentir mejor. *Le acerca la ametralladora más todavía*. ¡ Vamos! ¡ Siga! ¡ No se detenga! Todo hombre, tarde o temprano piensa en ponerse de rodillas delante de un soldado y abrirle su bragueta lentamente. *Le tira del pelo*. ¿ No es cierto? ¿ Por qué no? ¡ Vamos! *ÉL empieza a abrirle la bragueta*. Lentamente, dije. *ÉL obedece*. Eso. Eso es.

*ÉL mete su mano dentro de la bragueta del SOLDADO, saca su sexo y se lo lleva a la boca*.

SOLDADO, *cada vez más excitado*. Con las dos manos. Eso. Con las dos. La boca bien abierta. Más. Más abierta. Eso es. *Extasiado*. Bien adentro. Hay que sentirla bien. Hasta el fondo mismo de la garganta. Hasta ese lugar profundo desde donde sale la voz. Las palabras.

*Silencio*.

*El SOLDADO guarda su sexo dentro del pantalón y se sienta distendido en el sillón. Deja la ametralladora a su lado. Enciende un cigarro. ÉL queda de rodillas.*

SOLDADO, *mirando el humo que invade la pieza.* ¿Algo limpio verdad? Mucho más limpio de lo que la gente se imagina. Los demás piensan que una guerra es algo sucio, inmundo, un engrudo de sangre, sudor y pólvora. ¿Acaso yo tengo las manos manchadas de sangre? ¡No! Nada. Ninguna mancha. La guerra es algo mucho más limpio que todo eso. La humanidad dio pasos agigantados en el arte de la guerra. De veras. Hay que reconocerlo de una vez. Desde nuestros Stealth F 119 la guerra es limpia. Limpia y hasta hermosa. Hace unos días bombardeamos y destruimos por error una caravana de civiles. Doscientos hombres, mujeres y niños. Un error garrafal pero que fue reconocido por nuestro portavoz de forma inmediata. Enseguida. Errare humanum est. A todos nos puede pasar. Usted no se imagina la belleza de ver por nuestras pantallas el estallido y unos segundos después a lo lejos, una maravillosa nube de humo que dejaba ver el sol verde. *Mira extasiado el humo de su cigarro que le recuerda el otro humo.* Un medallón verde en medio de la humareda que duró horas en extinguirse. Los cuerpos calcinados ardieron toda la tarde. Un verdadero espectáculo. Es posible que desde abajo sea un infierno. Una pesadilla. Es posible. Pero desde arriba toda guerra es hermosa. Todo está en saber quién está arriba y quién está abajo. *ÉL permanece siempre de rodillas y con la vista baja.* Simple, pero cierto. El secreto consiste en tratar de hacer todo lo posible por estar siempre arriba. Por no estar nunca abajo. Ese es el único secreto. ¿Me entiende? La ley natural de las cosas. Oiga esto. Para poder erguirnos, forzosamente alguien tiene que sostenernos. Alguien tiene que estar a nuestros pies. Nadie puede escalar por si solo un muro más alto que uno mismo. Para hacerlo se necesitan dos. Uno abajo que haga pie y otro que suba. La historia ya lo demostró. El hombre siempre fue un enano empecinado en escalar el muro de la civilización. Nosotros estamos arriba. Nunca nos dejamos engañar por los demás. Y cuando nos pidieron de hacer pie para que suban otros, fuimos lo suficientemente inteligentes para soltar las manos en el momento preciso y hacerlo precipitar para siempre.

No hay lugar para varios arriba del muro. Hay que entender eso. *Dirigiéndose a ÉL.* ¿Qué le sucede?

ÉL, *tratando de recuperar la voz.* Nada.

SOLDADO. ¿Cómo nada? Yo le hablo de cosas importantes y usted siempre ahí de rodillas... Lloriqueando...

ÉL, *le interrumpe.* ¿Por qué me hace esto?

SOLDADO, *asombrado.* Esto, ¿qué?

ÉL, *con la voz desgarrada.* ¿Por qué entra usted en mi propia casa de esta forma, de improviso, sin que nadie lo haya llamado? ¿Por qué me cuenta usted todas estas cosas horribles? ¿Por qué me hace poner de rodillas? ¿Qué es lo que quiere de mí? ¿Plata? Si es eso, llévese lo que quiera y déjeme en paz. Yo estaba tranquilo. Acá mismo. En mi propia casa. Y de pronto usted viene a apuntarme con su arma. A ponerme el cañón en mi nuca. A contarme de esta guerra. A decirme que yo soy tan culpable como usted de las masacres de su Stealth. No veo en qué me tengo que sentir culpable. Déjeme en paz. ¡Por Dios! Yo a usted no lo conozco. Nunca lo ví en mi vida y no tengo ningún interés en conocerlo. ¡Váyase!

SOLDADO. ¿De dónde?

ÉL. De mi casa.

SOLDADO. ¿Quién le dice que es su casa?

ÉL, *demonstrando un cierto cansancio.* No entiendo bien qué es lo que quiere.

SOLDADO. Ya le dije que nada.

ÉL. Dígame si viene por Lea.

SOLDADO. No sé quien es. No conozco ninguna Lea.

ÉL, *suplicante.* Entonces, ¿qué es lo que quiere? Dígamelo de una vez... ¿Quiere robarme?

SOLDADO. No.

ÉL. ¿Quiere plata?

SOLDADO. No.

ÉL, *siempre de rodillas.* Es plata lo que usted quiere. Es eso, ¿verdad?

SOLDADO. Le estoy diciendo que no.

ÉL. ¿ Tiene hambre?

SOLDADO. No.

ÉL. ¿ Quiere comer algo?

SOLDADO. En el ejército nos alimentan de sobra.

ÉL. Se está escondiendo de alguien.

SOLDADO. De nadie. Eso era posible antes. En los tiempos que corren, imposible esconderse de alguien. Un detector aquí. *Se señala una de las costillas.* Entre medio de dos costillas. Ellos saben todo el tiempo en donde estamos. Una medida eficaz para terminar con las deserciones.

ÉL. Usted está buscando a alguien en particular.

SOLDADO. A nadie.

ÉL. ¿ Necesita algo?

SOLDADO. Nada.

ÉL, *ansioso*. Me debe quedar algo. De todos modos conozco a todos los traficantes del barrio. En menos de diez minutos le puedo conseguir lo que quiera. *Se pone de pie.* Los puedo llamar a sus móviles. Traen a domicilio...

SOLDADO, *riendo*. En las casernas tenemos más de lo que usted se puede imaginar. Y gratis.

ÉL. Entonces, quiere vender. También conozco a quienes les puede interesar comprar. Yo mismo, si eso es lo que quiere, puedo...

SOLDADO, *interrumpiéndolo*. No es mi estilo.

ÉL. Entonces, dígame por favor qué es lo que quiere.

SOLDADO. Nada.

ÉL, *nervioso*. ¿ Cómo, nada? Por algo vino aquí. Por algo eligió mi puerta y no otra. Dígame por favor a qué vino...

SOLDADO. A nada en particular.

*Silencio.*

ÉL, *dándole la espalda*. ¿ Usted quiere...?

SOLDADO. No quiero nada...

ÉL. Sí, yo sé... Usted quiere... *Se interrumpe él mismo.*

SOLDADO. Le estoy diciendo que no quiero nada...

ÉL, *siempre de espalda.* Usted, ¿ quiere violarme? ¿ Verdad? ¿ Usted quiere que yo...?

SOLDADO, *le interrumpe.* No. Nada de eso...

ÉL, *interrumpiéndolo a su turno.* Mire, si es eso lo que usted quiere...

SOLDADO, *sin dejarlo terminar.* ¡ Le dije que no!

ÉL, *decidido.* Entonces, ¡ váyase!

SOLDADO. ¿ Por qué?

ÉL. Porque se lo estoy diciendo yo. *Señalando hacia uno de los ángulos de la habitación.*

¡ Hágame el favor de retirarse!

SOLDADO, *sin moverse del sillón.* ¿ Y quién es usted para decirme que me vaya?

ÉL, *cada vez más irritado.* Usted está en mi casa. Hay escrituras que lo dicen. La ley está de mi lado. Así que tengo todo el derecho del mundo a exigirle que se retire inmediatamente de aquí.

SOLDADO, *riendo.* Usted no tiene ningún derecho a nada. ¿ Quién se cree usted que es? Porque tiene cincuenta metros cuadrados a su nombre se cree con derecho a decidir quién entra y quién sale por su puerta.

ÉL. Usted dice cosas sin sentido.

SOLDADO, *estirando su pierna.* Hágame el favor, venga y lámame la suela de las botas.

ÉL, *sin entender.* ¿ Qué?

SOLDADO, *mirándolo a los ojos.* Lo que acaba de oír. *Estira aún más su pierna.* Que me lama la suela de las botas.

ÉL. No entiendo.

SOLDADO, *hace un gesto con su pie.* Le estoy diciendo que me lama las suelas.

ÉL, *dirigiéndose contra una de las paredes de la habitación.* ¿ Y con qué derecho se cree usted a pedirme eso?

SOLDADO, *toma la ametralladora que había dejado a su lado y se la muestra sin apuntarlo.*  
Yo simplemente apunto y con eso me alcanza.

ÉL, *señalándolo de lejos con su mano*. Usted es una bestia.

SOLDADO. Es posible.

ÉL. Una verdadera bestia.

SOLDADO, *siempre con la pierna estirada*. Tan bestia como usted. *Le hace un gesto con la mano*. ¡ Venga!

ÉL, *inmóvil*. ¿ Para qué quiere que yo le lama...?

SOLDADO. ¡ Venga! Usted habla demasiado en vez de disfrutar...

ÉL, *le interrumpe*. No veo qué es lo que hay para disfrutar.

SOLDADO, *riendo*. Son todos iguales. ¡ Venga!

ÉL, *sin moverse de su sitio*. No pienso.

SOLDADO. Usted quiere que yo lo apunte. Es eso, ¿ verdad? *Lo apunta con la ametralladora*. Lo necesita.

ÉL, *asustado le hace un gesto con la mano*. ¡ No! Baje el arma. ¡ Por favor!

SOLDADO, *sin dejar de apuntarlo*. Usted necesita que yo lo apunte para ponerse en cuatro patas y sacar la lengua afuera. *Ríe*. Se muere de deseos por hacerlo y sin embargo no se anima. No tiene el suficiente coraje. Por ello lo apunto. ¡ Acérquece!

ÉL, *acercándose lentamente*. ¡ Por Dios! Baje el arma. Se le puede escapar un tiro. Yo hago lo que usted me pida. Pero por favor, deje de apuntarme.

SOLDADO, *dejando de apuntarlo pero con el arma siempre en su mano*. ¡ Póngase en cuatro patas!

ÉL, *siempre de pie*. ¿ Qué quiere que haga?

SOLDADO. Le estoy pidiendo que se ponga en cuatro patas. *Le muestra la ametralladora*.

ÉL, *obedeciéndolo inmediatamente y poniéndose en cuatro patas*. Está bien. Está bien.

SOLDADO, *mirándolo delante suyo en cuatro patas*. Eso es. ¡ Ahora saque su lengua afuera!

ÉL. ¿ Por qué no...?

SOLDADO, *interrumpiéndolo*. La lengua afuera. *ÉL saca la lengua afuera*. Eso es. Ahora pásela por la suela.

ÉL. No. No puedo.

SOLDADO, *apuntándolo con el arma*. Sí. Puede. Usted puede.

ÉL, *suplicante*. ¡ Por Dios!

SOLDADO, *apuntándolo*. ¡ Vamos! ¡ La lengua afuera! *ÉL obedece y saca la lengua afuera.*

Eso. Ahora por la suela. *ÉL pasa la lengua rápidamente por la suela de la bota del SOLDADO.* ¡ No! ¡No! Más lentamente. Nadie nos apura. ¡Vamos! ¡ De vuelta!

ÉL. Ya lo hice. Ya lo hice.

SOLDADO. Más lentamente.

ÉL. ¡ Por favor!

SOLDADO. ¡ Vamos! *ÉL obedece y vuelve a pasar la lengua por la suela de la bota del SOLDADO, esta vez más lentamente.* Eso es. *Disfrutando el trayecto de la lengua por su suela.* Magnífico. ¡ Otra vez!

ÉL, *temblando*. Si lo que usted quiere es violarme, por favor hágalo de una vez. *Mirando hacia abajo.* Empiece de una vez por todas y luego váyase. *El SOLDADO lo mira con un cierto desprecio.* Le prometo que no voy a gritar. *Demostrando una absoluta sumisión.* Haga lo que usted quiera, pero por favor termine de una vez y váyase.

SOLDADO, *mirándolo desde arriba*. Siga. Yo soy quien decide. La lengua afuera. *Le pone la suela de su bota ante su rostro.* ¡ Lama! *ÉL obedece y vuelve a lamer.* ¡ No! ¡ No! Despacio. Como recién. *El SOLDADO se encuentra cada vez más extasiado.* Eso es. ¡ De nuevo! *ÉL sigue lamiendo la bota del SOLDADO.* Eso es. Bien despacio. Lentamente. *El SOLDADO se estira en el sillón y echa su cabeza hacia atrás.* Que la lengua recorra bien toda la suela. Toda. Eso es. *ÉL sigue lamiendo.* Eso es. Algo agradable, ¿ verdad? Más de lo que la gente cree. *ÉL sigue lamiendo por su propia voluntad la suela de la bota del SOLDADO.* Solo una vez me tocó el ejército de tierra. El primer frente. Fue durante mi formación. Hace un par de años. Tendría quince o dieciséis años. Mi primer crimen. Mi bautismo. Eramos diez y nuestro instructor. La ciudad acababa de rendirse. Parecía un pueblo fantasma. Todos los hombres muertos. Habían resistido hasta el último momento. Hasta morir todos. Solo quedaban algunas mujeres y niños. Nuestro batallón recibe la orden de exterminar. De liquidar por completo. Todo. Limpiar, como decimos nosotros. Nuestro ministro no quiere ningún sobreviviente. *Mientras se extiende en el relato, ÉL continúa en cuatro patas lamiendo su bota.* Nosotros diez, guiados por nuestro instructor,

entramos en las ruinas de una fábrica hecha añicos. Una inspección de zona. Ver si queda alguien. Nada. Nadie. De pronto el llanto de un niño. Están escondidas en el sótano con sus hijos, nos dice el instructor. El llanto las delató. Encontramos la puerta. La abrimos de una patada. Bajamos. Todas amontonadas como animales con sus hijos entre los brazos. El enemigo. Cuando uno los tiene en frente tiene que tirar. Si no, son ellos los que tiran. En ese momento solo hay que saber apuntar entre los ojos. Acá. *Con uno de sus dedos señala la zona que está entre los ojos.* Apuntar y disparar. La masacre duró menos de cinco minutos. Un alboroto de gritos y escupitajos contra nuestras municiones. Una confusión de alaridos como cuando un perro entra en un gallinero. No gasten las municiones, nos gritaba el instructor, sean precisos. Entre los ojos, nos decía, traten de que sea entre los ojos. No tiren contra los músculos, eso no me sirve. La orden no es de herir. Hay que limpiar. Esto no es un juego. A la cabeza. Nos excitó tanto que no fue fácil frenarnos. No es fácil detenerse una vez que se presiona el gatillo. *ÉL sigue lamiendo sus botas.* Al final el instructor logra calmarnos. Tarea cumplida. No queda nada. Ningún sobreviviente. Solo un montón de cuerpos vaciándose. Seguramente vamos a tener buenas calificaciones. Podemos irnos. De repente un ruido. Un ruido débil que viene del fondo del sótano. El instructor me hace una seña con su mano para que lo acompañe. Me elije. Siempre elegía a alguien para demostrar. Un día uno, otro día otro. Juntos nos adentramos en un túnel lleno de cadáveres. Imposible darnos cuenta qué es ese ruido. De dónde viene. Buscamos. Al final encontramos. Un recién nacido prendido al pezón de su madre muerta. Amamantando de un cadáver. Todavía quedaba un poco de leche. El instructor me da la orden de encargarme. Si lo hago bien, la posibilidad de una buena calificación. Lo desprendo. Lloro. Una sola mano me alcanza para agarrarlo. De los pies me dice el instructor, cuando se trata de recién nacidos, se los agarra de los pies, me explica. En una mano el bebé que cuelga, en la otra el arma. Un disparo. Dos. Tres. Fueron necesario tres disparos. No es fácil dar con la frente cuando una criatura se balancea de un lado para otro. Es normal, me asegura el instructor. Además de la calificación, una mención especial. Ese fue mi primer crimen. Mi bautismo. A la noche lo festejamos con cerveza. *Lo mira, como si lo hubiera olvidado.* Sabía que le iba a gustar. Lo sabía. ¡Basta! *ÉL no se detiene y sigue lamiendo.* Le estoy



diciendo que ya está. *ÉL sigue sin detenerse y agarrando la bota con sus dos manos. ¿ No me oye? ÉL hace esfuerzos para meter toda la bota dentro de su boca. Le estoy diciendo que se detenga. El SOLDADO trata de desprender la bota de sus manos. ¡ Basta! De un tirón logra apartar la bota de su boca. ÉL queda en cuatro patas a sus pies y con la lengua afuera. Ambos se miran.*

ÉL. ¡ Por favor!

SOLDADO. ¿ Quiere más? ¿ Es eso?

ÉL. ¿ Por qué me hace esto?

SOLDADO. Quiere seguir, ¿ verdad? *El SOLDADO acerca la bota a su rostro, ÉL vuelve a sacar la lengua afuera y trata de pasarla por la suela pero el SOLDADO se la retira inmediatamente.*

ÉL, *con los ojos llorosos.* ¡ Por favor!

SOLDADO, *mirándolo a sus pies.* ¡ Compórtese como un hombre!

ÉL, *lloriqueando.* ¡ Basta! ¡ Por Dios!

SOLDADO. No se imagina la lástima que usted me da.

ÉL, *siempre llorando en cuatro patas.* ¡ Por favor!

SOLDADO. Parece un perro llorando para que le den de comer.

ÉL, *fijo en la misma pose.* Deje de torturarme y váyase por favor.

SOLDADO, *plegando su pierna ante el rostro de ÉL.* Podría darle una patada y deshacerle la boca. Romperle todos los dientes. Deformarle la cara. Usted no se imagina el destrozo que podría hacer mi suela, si la hundiera en su boca.

ÉL, *siempre inmóvil.* Si es a lo que vino, hágalo de una vez y luego váyase. *Con la voz llorosa.* Le prometo que lo dejaré ir sin ningún problema. No habrá denuncia ni nada. Nadie se enterará de nada. *Levanta su mano derecha en alto.* Lo juro.

SOLDADO, *mirándolo desde arriba.* Realmente se merece que le rompa la boca. *Le da una patada en la boca que lo hace caer hacia atrás.*

ÉL, *retorciéndose de dolor en el piso.* ¡ Ahora váyase!

SOLDADO, *se pone de pie y se dirige hacia ÉL, que se agarra la boca con sus dos manos.* Está sangrando. *Saca de su bolsillo un pañuelo y se lo tiende.* ¡ Tome!

ÉL, *el dolor se le transmite a todo su cuerpo que se retuerce en contorsiones sobre la moquette.* ¡ Váyase de una vez!

SOLDADO, *siempre tendiéndole su pañuelo.* ¡ Tenga!

ÉL, *acepta el pañuelo y se lo lleva a la boca que sangra abundantemente.* Ahora le ruego que se vaya. ¡ Por Dios!

SOLDADO, *poniéndose en cuclillas y acercándose a ÉL.* Sangra mucho...

ÉL. ¡ Déjeme!

SOLDADO, *se le acerca más aún.* ¿ Duele?

ÉL. Me deshace la boca de una patada y ahora viene a preguntarme si me duele. ¡ Déjeme en paz! Hágame el favor de irse de una vez por todas.

SOLDADO, *de rodillas a su lado, le recoge la cabeza entre sus manos.* ¿ Por qué usted se empecina en que me vaya? Si ahora me fuera significaría que solo vine para romperle la boca y eso no es cierto. *Le saca el pañuelo y él mismo se lo pasa por la boca para detener la hemorragia.* Yo no vine para hacerle mal a nadie. Si en este momento que usted está frente a mí sangrando yo me fuera, entonces sería un monstruo. Una bestia en todo el sentido del término. *Siempre de rodillas, lo tiene entre sus brazos.* Y sin embargo no lo soy. Ya lo ve. Estoy aquí junto a usted, tendiéndole mi pañuelo. Tome. Presione fuerte contra la comisura de los labios para detener la hemorragia. No es nada. *Con una de sus manos le acaricia la cabeza.* Ya va a pasar. Eso es. Presione fuerte. *Sus miradas se encuentran la una con la otra.* Mire... Yo le doy una patada y le deshago la boca. Y sin embargo mi intención no es hacerle mal. Créame. Haga un esfuerzo y créame. Luego le tiendo mi pañuelo y lo tomo entre mis brazos. *Abraza su cabeza y la acerca a la suya propia como si fueran a besarse.* Y sin embargo en este preciso momento mi intención tampoco es hacerle bien. Nada de eso. Simplemente una necesidad inexplicable de abrazarlo. De sentir su cuerpo cerca del mío. *Mira sus labios.* Extraño, ¿ verdad?

ÉL, *mirándolo a los ojos.* ¿ Pero quién es usted?

SOLDADO, *levantando los hombros como si no lo supiera.* Nadie.

ÉL, *tocando con una de sus manos la frente del SOLDADO.* Nadie, no. Siempre se es alguien. Usted es alguien. Tiene que ser alguien.

SOLDADO. ¿Quién?

ÉL. Usted debería saberlo.

SOLDADO. ¿Y usted? ¿Quién es usted?

ÉL, *sin dejar de sangrar*. Un hombre que escupe sangre.

SOLDADO. Entonces yo soy un hombre que le tiende un pañuelo para no ensuciar su moquette.

ÉL. No. No es cierto. Usted es un hombre que viene a hacerme mal. Usted entra a mi casa, me golpea, me deshace la boca de una patada...

SOLDADO, *le interrumpe*. Y luego lo recojo entre mis brazos.

ÉL. Y luego me recoge entre sus brazos.

SOLDADO, *siempre teniéndolo entre sus brazos*. Un soldado... Yo soy un soldado.

ÉL. ¿Y por qué me rompe la boca a mí?

SOLDADO. Usted u otro es lo mismo. Yo doy una patada y con eso me alcanza. No sé quién está debajo. Ese no es mi problema. Es el suyo. Yo no veo, no puedo ver quién está abajo. Desde nuestros aviones solo vemos puntos como si fueran hormigas. Hormigas que corren desesperadas de un lado para otro como si alguien les hubiera meado arriba. Imposible distinguir quiénes son. Uno dispara y punto. No hay tiempo para detenerse en ese tipo de detalles. Todo sucede a una velocidad abismal. No hay tiempo para ponerse a pensar. Se recibe la orden y de inmediato se activa el sistema de lanzamiento. El golpe. Eso es todo. Y usted encima pretende que yo sepa por qué usted y no otro. O por qué ellos y no otros. Usted pretende que yo me ocupe de quien está abajo. De usted. De ellos. Del hormiguero. Ese no es mi problema. Es el de ellos. El de usted. Yo solo fui entrenado para dar el golpe en el momento justo. Una cuestión de puntería. De puntería y de convicción. Por ello cuando estoy arriba solo pienso en deshacer al que está abajo. En aplastarlo. Nada más. Un simple vicio profesional que persiste en todo momento. Como un tic que no se puede corregir.

ÉL. Usted es un monstruo. Todos ustedes son unas bestias.

SOLDADO. Sin embargo lo tengo entre mis brazos y le limpio la sangre que corre por su mentón. Usted no entiende que yo le acaricie el rostro. No puede entenderlo.

ÉL. Nadie asiste a la persona que aplasta.

SOLDADO. Escúcheme bien. Luego que vuelan los Stealth, que sobrevolamos y bombardeamos quiero decir, otro regimiento de aviones, otros modelos, pasan más tarde, apenas algunos minutos después y lanzan todo tipo de víveres para los civiles sobrevivientes. Cajas de cartón con arroz y latas de sardinas. Algunos jabones y medicamentos para todo tipo de heridas. Desde aspirinas, hasta vendas aceitadas para quemaduras de primer grado. Porque a veces la piel se calcina hasta pegarse a los huesos. Luego de bombardear, nuestro ejército siempre presta asistencia. ¿ Me entiende? El único inconveniente con algunos medicamentos es que los prospectos explicativos no están escritos en sus lenguas. A veces cometieron errores nefastos en las dosis o las aplicaciones. Buen tema para una comedia. Escuche. Tarde o temprano siempre se asiste al que se aplasta. Ahí está el secreto de todo. La base de nuestro porvenir. De nuestra economía. Nunca hay que exterminar del todo al adversario. ¡ Óigame bien! *Mira hacia ambos lados para constatar que nadie más lo está escuchando.* Para nosotros es imperioso seguir fabricándolos. Los Stealth. ¿ Me sigue? Es imperioso seguir construyéndolos. El mercado de armas. La economía entera de nuestro país depende del mercado de armas. ¿ Entiende? *Siempre inquieto en que nadie más lo oiga.* Nuestro país vive de eso. Si los exterminamos por completo, todo el negocio se iría al agua. Oiga. Nuestro propio país los arma. Nosotros mismos los armamos. *Al oído como si le transmitiera un secreto capital.* Las armas de ellos fueron ideadas, construidas y vendidas por nosotros mismos. Por ello nunca nos ganarán. Las conocemos mejor que nadie. Pero si los erradicamos por completo del planeta, haríamos añicos todo el ecosistema de nuestra economía. *Susurrándole al oído.* En lugar de ganar, estaríamos perdiendo. ¿ Entiende lo que quiero decirle? Nuestra guerra es económica. Y en una guerra económica, oiga bien esto, nunca se destruye por completo su propio adversario. *De a poco se va incorporando a medida que avanza en su monólogo.* Se lo golpea, se lo desarticula, se le calcina la piel hasta los huesos, se lo paraliza, se le arrancan los dientes a patadas o se le perforan los pulmones con ácidos tóxicos, se lo viola, se lo tortura, pero nunca se pretende exterminarlo. *Se levanta y se dirige a la ventana para asegurarse bien que nadie lo oye.* Ese es el gran error de Mein Kampf. *Se lleva el dedo*

*indice a sus labios en señal de silencio y baja la voz.* Nuestro país lo entendió antes que nadie. Nuestra nación lo leyó, lo estudió en profundidad y supo no solamente detectar sus errores de procedimientos, sino corregirlos, para mejorarlos. Siempre hay errores en todo manifiesto. *Se dirige a ÉL, siempre en voz baja, casi que susurrante.* Nosotros supimos perfeccionarlo. Adaptarlo a los tiempos que corren. A las nuevas economías. Escuche lo que voy a decirle. *Mira nuevamente hacia ambos lados para asegurarse que nadie más lo oye.* En un momento, la historia nos enseñó que para combatir al enemigo era necesario disponer de campos enteros de concentración minados de cámaras de gas. Ahora se trata de formas más sutiles y sofisticadas de aniquilamiento del otro. Del adversario, quiero decir. Nuevas formas más discretas. Y no tan numerosas, porque no es necesario aniquilarlo por completo. Al enemigo antes se lo deportaba, ahora nuestro gobierno los arma a larga distancia, los hace criminales por correspondencia y luego les envía los Stealth.

ÉL, *en un volumen normal de voz y por lo tanto rompiendo el clima de clandestinidad y gravedad anterior.* Nada de lo que usted dice me interesa. Nada de todo eso me importa. Lo único que quiero es que me deje en paz. *Señala uno de los ángulos de la habitación como invitándolo a retirarse.* Yo no tengo nada que ver con sus aviones. Eso no me interesa. Lo único que quiero es una vida tranquila y calma sin que nadie me venga a molestar. Sin que nadie entre en mi propia casa sin mi consentimiento y comience a romper todo. Sus guerras no me interesan en lo más mínimo.

SOLDADO, *recuperando el volumen normal de su voz.* Usted no entiende nada. Usted no puede entender nada porque ni siquiera sabe que en este momento hay una guerra. *Señala hacia la ventana.* Una guerra mucho más cerca de lo que usted cree. *Lo señala a ÉL.* Ustedes no lo saben porque pasan su tiempo haciendo otras cosas, mientras nosotros hacemos las guerras para ustedes. Para que el frigorífico esté lleno de carne. Para que no falte el dentífico en el baño.

ÉL. Es posible.

SOLDADO, *irónicamente.* ¡Sus guerras! *Se dirige hacia ÉL y agarrándolo del cuello lo levanta del piso.* Óigame bien. Mis guerras son tan mías como tuyas. ¿Me oye?

ÉL, *siempre sujeto por el cuello.* ¡Déjeme en paz!

SOLDADO, *acercándolo cada vez más a su rostro*. ¡ No! ¡ No! Quiero que esto le quede bien claro.

ÉL, *trata de girar su rostro para evitarlo*. No me interesa seguir oyéndolo.

SOLDADO, *lo sacude*. Sí que me va a oír.

ÉL, *enfrentándolo*. ¡ Déjeme!

SOLDADO, *más violento todavía*. No antes de que me escuche bien. Yo soy quien manejo los Stealth. Usted es quien los paga. *Lo sacude una vez más*.

ÉL. ¡ Déjeme! ¡ Por favor! Me está haciendo mal.

SOLDADO, *siempre teniéndolo por el cuello y cada vez más cerca de su rostro*. Yo soy quien sobrevuela ciudades enteras, pero usted es quien me da la orden...

ÉL, *interrumpiéndolo*. ¡ Yo no doy la orden de nada a nadie! Soy un ciudadano como cualquier otro.

SOLDADO. Usted es quien los elige.

ÉL. Yo no elijo a nadie. Yo me cago en la política.

SOLDADO, *sus narices se rozan*. Entonces con más razón esta guerra es tan mía como suya.

ÉL, *gritándole*. Mía o suya, me cago en la guerra. Entiéndame de una vez. Me cago en su guerra. *El SOLDADO lo suelta y lo empuja contra una pared*. Yo no entiendo nada de todo eso. Y tampoco me interesa entender. No sé ni siquiera de qué guerra me está hablando. No es mi culpa. Todas las noches enciendo la tele y veo los informativos. No oí hablar de ninguna guerra. Usted está delirando. No sé de qué me habla.

SOLDADO, *dirigiéndose hacia el sillón*. Usted no entiende nada.

ÉL. Es posible que yo no entienda nada.

SOLDADO, *de pie junto al sillón, le da la espalda*. Usted es un imbécil. Un pobre imbécil.

ÉL. Y usted una bestia.

SOLDADO. Una bestia como usted. La única diferencia entre nosotros es que yo no me saco las botas para pararme sobre su sillón y que usted sí, porque su única inquietud es la mancha sobre el tapizado. *Escupe sobre el sillón*.

ÉL. Hay otra diferencia y es que usted está armado y yo no.

SOLDADO, *mirando el arma*. Ese es un detalle.

ÉL. Un detalle que le permite apuntar a quien usted quiera y cuando quiera.

SOLDADO. Es solo un vicio. Uno apunta por costumbre. Eso es todo. Lo apunto a usted de la misma manera que podría señalarlo con mi dedo.

ÉL. Sin embargo usted puede matarme de un momento a otro. Cuando lo desee.

SOLDADO, *se da vuelta y lo mira*. Usted también.

ÉL, *haciendo un gesto con sus brazos*. Yo no estoy armado.

SOLDADO, *mirándolo a los ojos*. No se necesita estar armado para matar a quien se tiene enfrente. Mire, dejo el arma en el piso. *Toma la ametralladora y la arroja al suelo entre medio de ellos*. Ahora está más cerca de usted que de mí.

ÉL, *inquieto, mira fijo el arma*. ¿ Por qué hace eso? Usted me está provocando. Usted quiere que yo corra hacia el arma para tener una excusa y poder disparar tranquilo contra mí.

SOLDADO. No lo entiendo.

ÉL, *mirando el arma*. Usted vino a matarme, ¿ verdad?

SOLDADO. No.

ÉL, *dirigiendo su mirada hacia el SOLDADO*. Deje de mentirme y dígame la verdad. A usted lo envían para matarme.

SOLDADO, *negando con la cabeza*. Le aseguro que no.

ÉL, *señalándolo*. A usted lo mandan para disparar contra mí. Alguien le dio mi dirección. Mi dirección y la orden de... *Él mismo se detiene*.

SOLDADO, *siempre de pie junto al sillón*. ¿ Por qué alguien me daría la orden de matarlo?

ÉL. Olvide lo de la orden. Lo que quiero decirle es que usted vino a matarme.

SOLDADO. Ya le dije que no.

ÉL. Sí, usted está aquí para matarme. Le suplico que lo haga de una vez por todas pero deje de martirizarme. ¡ Por Dios! ¡ Máteme de una vez, si es a lo que usted vino!

SOLDADO. No podría nunca.

ÉL, *asombrado*. ¿ Qué cosa?

SOLDADO. Matar a alguien. Así. De esta forma. Matar a alguien que está enfrente mío. Nunca podría.

ÉL, *señalando el arma que siempre permanece entre medio de ellos*. Usted quiere hacerme creer que sería incapaz de volarme los sesos de un disparo. Que en ningún momento pensó en tirar contra mí.

SOLDADO, *mirando el arma*. Quizás al principio. Cuando entré. Pero en todo caso solo lo pensé. Nunca lo habría hecho. *Levanta la vista y lo mira*. Y menos ahora que lo conozco. Que nos conocemos.

ÉL, *no soportando la mirada*. Y sin embargo me deshace la boca de una patada porque sí.

SOLDADO. Eso es distinto. Ya se lo expliqué. Además nadie muere de una patada en la boca. Pero matar a alguien... Eso no. Jamás en mi vida podría matar a alguien. Y mucho menos a alguien que conozco. A alguien con quien intercambié más de dos palabras.

ÉL, *enfrentándolo con su mirada*. ¿Por qué me dice usted eso?

SOLDADO, *levantando los hombros*. Porque es la verdad.

ÉL. ¿Y los Stealth?

SOLDADO. Yo solo recibo una orden en el momento preciso. Una orden y disparo. Ni siquiera los conocemos. No sabemos quiénes son. Ni qué lengua hablan. Ni nada. Imposible saberlo. Desde nuestros Stealth apenas se ven unos puntos minúsculos. Nada más. Nosotros tiramos contra puntos que aparecen en nuestras pantallas hidráulicas. Eso es todo. A veces ni siquiera sabemos si se trata de una refinería, de un campo de trigo o de una escuela. Pero matar a un hombre que está enfrente mío... A quien puedo ver su rostro. Oír su respiración. Eso creo que no podría.

ÉL. ¿Y el recién nacido?

SOLDADO. Eso formó parte de mi educación. Una lección. Un ejercicio. Nada más.

ÉL. Dígame la verdad de una vez por todas.

SOLDADO. ¿De qué verdad me habla?

ÉL, *señalándose a sí mismo*. ¿Usted nunca podría disparar contra mí? ¿Nunca podría matarme de un tiro?

SOLDADO. No.

ÉL. ¿Y ahorcarme? ¿Usted podría ahorcarme?

SOLDADO. No podría matarlo de ninguna manera.



ÉL, *ansioso*. Sí, pero conteste a mi pregunta... ¿Usted podría ahorcarme?

SOLDADO, *respondiendo de forma tajante*. No.

ÉL. ¿Por qué?

SOLDADO. Ya se lo dije. Además ahorcar a alguien...

ÉL, *interrumpiéndolo*. ¿Qué?

SOLDADO, *tratando de imaginar la situación*. Debe ser terrible. Creo que nunca podría.

ÉL. ¿Nunca?

SOLDADO. Hay que ser muy animal para poder hacerlo.

ÉL, *sin poder disimular un cierto malestar*. ¿Muy animal?

SOLDADO. Se requiere de mucha fuerza.

ÉL. ¿Y para reventarle la boca a alguien?

SOLDADO. Es distinto. Un impulso que uno ni siquiera controla. Pero estrangular a alguien... *Tratando de imaginar*. Eso requiere de una fuerza animal. Además la persona debe resistir.

ÉL. ¿Y si no resiste?

SOLDADO. Igual... Se debe requerir mucha fuerza. Un cuello no es fácil de estrangular. Es una de las zonas más rígidas del cuerpo. Realmente se necesita una fuerza sobrehumana. Una fuerza especial. Se debe de estar bien decidido a hacerlo.

ÉL, *ausente*. Al final el cuerpo termina por resistir. *Cerrando los puños de ambas manos*. De pronto es como si uno se encontrara con un manojito de flores marchitas que uno apretara entre sus puños. Pasa mucho más rápido de lo que uno se imagina. Uno casi ni se da cuenta. *Abre de a poco sus manos y constata el vacío*. No ve el momento pasar.

SOLDADO, *mirándolo extrañado ante el gesto de sus manos*. Debe ser patético ver el rostro del ahorcado que se pone cada vez más morado.

ÉL, *siempre ausente*. Los ojos se llenan de sangre.

SOLDADO. Dicen que hasta se pueden saltar de sus órbitas si se lo estrangula fuerte. Algo realmente desagradable. No debe ser fácil matar a alguien con sus propias manos.

ÉL, *saliendo de su estado ausente*. No debería ser fácil. Eso es lo que todos pensamos. Y sin embargo, uno casi ni se da cuenta. El problema es después.

SOLDADO, *negando con la cabeza*. Yo no podría.

ÉL, *curioso*. ¿Cómo lo sabe?

SOLDADO. No sé. Creo que no podría.

ÉL, *acercándosele*. Dígame... *Dubitativo*. ¿Usted cree que se puede matar a un hombre?

SOLDADO, *sin comprender la pregunta*. ¿Cómo si se puede matar a un hombre?

ÉL. Sí, así de simple, matar a un hombre. Sin ningún motivo. Ni ninguna razón. Ni siquiera por el placer mismo de matar. Ni siquiera por curiosidad. Nada de eso. Simplemente matar a un hombre porque sí. De pronto tomar la decisión y hacerlo... ¿Usted cree que es posible?

*Silencio.*

SOLDADO. Quizá. No sé. No puedo saberlo.

ÉL. Pero usted mató... Desde lejos o desde cerca, pero usted mató...

SOLDADO. Sí. Seguramente varias veces.

ÉL. Centenares de veces.

SOLDADOS, *afirmando con la cabeza*. Es posible.

ÉL. O miles.

SOLDADOS. O miles. Sí. Pero nunca lo hice por placer. Ni por curiosidad. Ni por el simple hecho de hacerlo. Solo lo hice por obligación. Por deber. Así me formaron. Para mí es un pecado matar a un hombre. Incluso al enemigo que hay que matar. Al fin de cuentas tiene que haber alguna diferencia entre un alacrán y un hombre.

ÉL, *con los ojos llenos de lágrimas*. Pero sin embargo mataste...

SOLDADO, *siempre de pie junto al sillón*. Sí. Y lo volvería a hacer. Pero por cada guerra que logro sobrevivir, luego trato de vivir sin hacer mal a nadie para poder ser perdonado.

ÉL. ¿Por quién?

SOLDADO. Por mí mismo.

ÉL. ¿Se puede ser perdonado por uno mismo?

SOLDADO. Y si no... ¿Quién más va a perdonarnos?

ÉL. No sé.

SOLDADO. Ya no hay más Dios, ni Hijo, ni Espíritu Santo para perdonarnos.

ÉL. ¿Quién sabe?... Nadie puede saberlo.

SOLDADO. Si lo hubiera, no se verían las cosas que se ven en una guerra. Si lo hubiera, ningún niño mamaría de un cadáver.

ÉL. Pero perdonarse a uno mismo...

SOLDADO. En adelante es necesario que el hombre sea responsable de sí mismo.

ÉL. Pero absolverse uno mismo... Por propia decisión... ¿Qué valor puede tener?

SOLDADO. De lo contrario, ¿cómo dormir?... Después... ¿Cómo hacer para seguir? ¿Cómo resistir?

ÉL. Entonces, ¿uno puede perdonarse a sí mismo?

SOLDADO. Todo hombre puede hacerlo.

ÉL. ¿Qué es lo que hay que hacer?

SOLDADO. Eso depende de cada uno. Solo se trata de estar decidido a hacerlo. Después, el paso siguiente, es olvidar.

ÉL. ¿Olvidar qué?

SOLDADO. Olvidarse hasta de uno mismo. Como si nada hubiera pasado. Como si fuera necesario empezar de nuevo. Olvidar.

ÉL. ¿Y es posible?

SOLDADO. ¿Qué cosa?

ÉL. Un hombre... *Se detiene un segundo.* ¿Es posible olvidarse hasta de uno mismo?

SOLDADO. Si no fuera posible, entonces cómo haríamos para soportar. Dicen que una vez un soldado que volvió de la guerra, la misma noche de su regreso se arrancó sus ojos con un tenedor. De vergüenza. No pudo o no supo olvidar. No pudo soportar el regreso. El problema no es la guerra. El infierno es después. El regreso. Sacarse tantos pesos de encima. Algo espantoso. Usted no se imagina lo que es volver de una guerra. El horror del regreso. Mucho peor todavía que la guerra misma. Tener que olvidarse de todo para poder sobrevivir. Despertarse a las tres de la mañana en la propia cama de uno y mirar el techo sin poder dormir. Expiar tantos crímenes. Olvidarlos como si nada.

ÉL. ¿ Pero es bueno olvidar? ¿ Está bien hacerlo?

SOLDADO. No sé. Puede que no. Pero hay que sobrevivir. Y para eso es imperioso olvidar.

Imperioso. ¿ Tiene un vaso de agua?

ÉL, *acercándosele*. ¿ Por qué vino a mi casa?

SOLDADO, *se deja caer en el sillón como si de golpe hubiera perdido todas sus fuerzas*. No sé. No lo sé. Yo simplemente regreso.

ÉL. Pero esta no es su casa.

SOLDADO. No puedo saberlo. ¿ Cómo quiere que lo sepa? Absolutamente imperioso el olvido. Para nuestra propia seguridad. Para que no nos arranquemos los ojos. Al regreso. Hay que olvidarlo todo.

ÉL. Usted quiere decirme que se olvidó de... *Se detiene*.

SOLDADO. Todo se va desdibujando de a poco dentro de la cabeza de uno. *Absolutamente indefenso*. El olvido...

ÉL, *mirándolo fijo*. Y usted... *Se detiene*.

SOLDADO. ¿ Yo?

ÉL. ¿ Eso lo sabe? ¿ Sabe quién es usted?

SOLDADO, *sonriendo tímidamente*. Un hombre que vuelve de la guerra. Que siempre está volviendo de alguna guerra. Eso es todo. Yo simplemente regreso.

ÉL, *de pie a su lado*. Oiga. Esta no es su casa. Yo a usted no lo conozco. *Como si le hablara a un niño*. Nosotros no nos conocemos. Nunca nos vimos antes. Nunca ni siquiera nos cruzamos en el ascensor ni en el supermercado...

SOLDADO, *le interrumpe*. Entonces ayúdeme...

ÉL. ¿ Cómo quiere que lo ayude?

SOLDADO, *tendiéndole una de sus manos*. Yo necesito regresar. Necesito volver.

ÉL. Pero yo...

SOLDADO, *interrumpiéndolo*. ¡ Por favor! Es un edificio grande rodeado de otros. En las afueras de alguna ciudad. Mi familia seguramente me está esperando. Mis padres. Porque mi hermana se tiró de un quinto piso. De eso no me olvidé. Un vecino. La culpa fue de un vecino que se aprovechó de ella un día que mis padres la dejaron sola. Tenía apenas once

años y un pequeño retardo de nacimiento. *Se detiene un segundo como si buscara en el fondo de su memoria.* El vecino no fue preso. Mis padres no tenían plata para pagar un juicio. Nada. El vecino la violó durante toda una tarde. Varias veces. Luego ella fue solita a la ventana y se tiró para abajo. *Mira hacia la ventana.* Los vecinos del barrio la vieron caer. Como un murciélago sin alas. Mi padre nunca más volvió a hablar. A los pocos meses lo echaron del trabajo. Una fábrica. Lo despidieron. *Cada vez se va adentrando más en el pasado.* El pobre se estaba volviendo loco. Eso le dijo el gerente de personal a mi madre. Mi madre tuvo que salir a trabajar. Una peluquería. Ella es la que lava las cabezas. A veces le tocó tener que lavar la cabeza de la esposa del gerente de personal. Una buena propina, parece. Para comprarle cigarros a su marido. Eso es lo que le dice la esposa del gerente de personal. Mi madre acepta. La pobre. *De a poco se le van llenando los ojos de lágrimas.* Trabaja el día entero. Luego de la peluquería, limpia los pisos del hospital. El mismo hospital en donde llevaron a mi hermanita hecha añicos. Se deshizo las cervicales. El golpe le pulverizó todas las vértebras. El mismo hospital. Cuando vuelve a la casa, le tiene que hacer de comer a mi padre que pasa el día entero frente a la tele. Mi padre no puede hacer nada. Toma muchos medicamentos. Una gran depresión. Nunca más volvió a hablar. El día entero frente a la tele mirando programas de entretenimiento. A veces el vecino viene a tomar una cerveza con él. El mismo vecino. Sí. El mismo. Pero bueno, mi madre dice que es mejor eso, a que esté solo todo el día. *Cada vez más ausente.* Además es mejor estar bien que mal con el vecino. Él tiene influencias y mi madre dice que si él quiere, los puede expulsar del edificio. Desalojarlos. Y eso sería una catástrofe. Además, todo ya está decidido de antemano, piensa mi madre. Si pasó, es porque tenía que pasar y uno no puede hacer nada, eso es lo que dice. El día entero lavando cabezas y pisos. Por ello me mandaron al ejército. Yo tenía catorce años. Nadie podía ocuparse de mí. Es normal. Solo había que pagar la primera inscripción y luego el alojamiento y la comida corre por cuenta del estado. Era más redituable ponerme un revólver entre las manos. Creo que el número del bloque es el catorce. Me parece. Pero no estoy seguro. Tiene que ayudarme. ¡ Por favor! Yo tengo que regresar. Tengo que volver antes que sea tarde. Antes que mis

padres se duerman. Toman muchos calmantes para dormir. Desde lo de mi hermanita.

Somníferos. No van a escuchar la puerta. Tengo que regresar antes que sea tarde.

ÉL, *aterrado por la historia que viene de oír*. Pero yo...

SOLDADO, *interrumpiéndolo*. Usted tiene que ayudarme.

ÉL. Ni siquiera conozco su nombre.

SOLDADO, *suplicante*. Tengo que volver. Deberían darnos un perro como a los ciegos. Un perro que nos guíe con el olfato. Parece que el sentido de ubicación de los perros es mayor que el de los hombres. *De pronto comienza a pestañear como un ciego*. Un perro para ciegos. Esa sería una buena idea...

ÉL. *Llevando una de sus manos ante los ojos del SOLDADO*. Pero usted no está ciego.

SOLDADO. No. Yo no estoy ciego. Simplemente no sé regresar a mi propia casa. Eso es peor. Quizá sería mejor arrancarse los ojos con un tenedor. *Se lleva sus propias manos a sus ojos*. No ver nada más... Como el soldado...

ÉL. Yo voy a tratar de...

SOLDADO, *interrumpiéndolo*. Parece que le habían servido un plato de carne.

ÉL. ¿A quién?

SOLDADO. Al soldado que se arrancó los ojos. *Como si lo estuviera viendo en ese preciso momento desde una ceguera repentina*. Un plato de carne y papas al horno. Sus padres, que lo tenían enfrente de ellos durante toda la cena, cuentan que el soldado masticaba los pedazos de carne en su boca pero que no los tragaba. Luego de secarlos, de haber tragado toda la sangre, de triturarlos entre los dientes, los sacaba de su boca y los dejaba al borde del plato. Así con toda su porción. Cuando terminó, tomó el tenedor y de un golpe se arrancó primero un ojo y luego el otro. Parece que de sus agujeros negros corría tanta sangre que los pedazos de carne que estaban al borde del plato, volvieron a empaparse enseguida. Algunos vecinos dijeron que cuando se fueron todos al hospital, el perro se subió sobre la mesa y se devoró todo. Dicen que lamió el plato durante horas. Algo horrible. Óigame. *Se dirige a ÉL, ayudándose de sus dos manos como si estuviera ciego*. Si es cierto que estoy perdido, entonces yo necesito volver. Necesito encontrar mi casa. Mis padres. El domingo los tendría que acompañar al cementerio.

ÉL. ¿ Al menos sabe cómo llegó hasta aquí?

SOLDADO, *sin mirarlo*. ¿ Quién?

ÉL. Usted.

SOLDADO. Yo, ¿ quién?

ÉL. Usted.

SOLDADO. ¿ Yo?

ÉL. Sí. Usted.

SOLDADO. No sé de quién habla.

ÉL. Hablo de usted.

SOLDADO. ¿ De quién?

ÉL. De usted.

SOLDADO. Aquí no hay nadie.

ÉL, *se aproxima al SOLDADO*. Creo que lo mejor es que descanse. Recuéstese un poco y duerma. Todo esto lo agitó bastante. *El SOLDADO se recuesta a lo largo del sillón, mientras ÉL lo ayuda a apoyar la cabeza contra uno de los posabrazos*. Luego veremos. Por el momento descanse. Tiene que reposar. Dormir.

*De pie y al borde del sillón ÉL lo mira, mientras el SOLDADO comienza a llorar desde su ceguera repentina y abismal.*

## NOCHE

*La misma habitación. La misma luz. El mismo televisor. El mismo teléfono rojo. El mismo plato blanco con el mismo PESCADO plateado. Nada más.*

*Es de noche.*

*ÉL está acostado a lo largo del sillón. El televisor sigue encendido.*

*De pie junto a la ventana, LEA mira hacia el exterior. Acaba de llegar y todavía no se quitó su abrigo de calle.*

*Se escucha un permanente ruido de sirenas.*

LEA, *detenida en un punto fijo*. Un horror. ¿Cómo es posible?

ÉL, *recostado contra uno de los bordes del sillón*. En un segundo todo el edificio se vino abajo.

LEA. ¿A qué hora fue?

ÉL. Hará dos horas, más o menos.

LEA, *sin dejar de mirar hacia afuera*. ¿Estabas acá?

ÉL. No salí en todo el día.

LEA. No quedó nada. Un montón de escombros.

ÉL, *mirando hacia la ventana*. El edificio entero se hizo añicos.

LEA. Dicen que la explosión se oyó desde diez kilómetros a la redonda.

ÉL. Desde acá fue insoportable. Yo estaba durmiendo y el estallido me despertó de un solo golpe. Al principio no entendía nada. No me daba cuenta qué es lo que había pasado. Salté



de un golpe. No podía distinguir si la explosión había sido en sueños o en la realidad. Dos fracciones de segundo después de la explosión, el desmoronamiento de todo el edificio. Todo a una velocidad abismal. *Se lleva una de sus manos a su propia frente.* No me podía dar cuenta si se trataba de una explosión en nuestro edificio o en otro. No oía nada. Como si me hubiera quedado sordo. Sordo para siempre. Recién cuando la nube de polvo empezó a aparecer por la ventana, me dí cuenta.

LEA, *siempre mirando por la ventana hacia el exterior.* Siguen sacando cuerpos de entre los escombros. Las ambulancias no dan abasto.

ÉL, *señalando hacia el televisor que se encuentra encendido.* No paran de sacar cadáveres desde hace dos horas.

LEA. Todavía hay llamas. Los bomberos no pueden apagarlas.

ÉL. Por la tele dijeron que el incendio ya estaba controlado.

LEA. Cuando subía en el ascensor, un vecino me dijo lo mismo. Pero los bomberos corren desesperados de un lado para otro. Cerraron todas las calles de alrededor. *Se quita el abrigo de calle.* No me dejaron llegar hasta acá con el auto. Me dijeron que no era posible.

ÉL, *sin mirarla.* ¿Dónde lo dejaste?

LEA, *dirige su mirada hacia ÉL.* En el parking de un supermercado. Por medidas de emergencia, esta noche es gratis. *Muestra unos paquetes que tiene en una de sus manos.* Aproveché y compré algo para comer. *Vuelve a mirar hacia afuera.* Siguen llegando carros de bomberos. Desde acá se ve todo. La grúa levanta pedazos enteros de paredes desmoronadas. *Deja su abrigo sobre el borde del sillón y los paquetes al costado.* Morir aplastado por la propia casa de uno debe ser horrible. *Mirando el televisor.* Por sus propias paredes. Y lo peor debe ser la gente que queda medio viva. Atrapada entre los escombros. Abajo de todo. *Se dirige a ÉL.* Nos podía haber pasado a nosotros. Apenas unos metros de diferencia. Casi nada. ¡Qué horror! El atentado podría haber sido en nuestro edificio.

ÉL, *siempre mirando el televisor.* En el nuestro no hay guardería. Por eso eligieron el de enfrente.

LEA, *sin dejar de mirarlo.* ¡Bestias!

ÉL. Cuanto más víctimas mejor.

LEA. La mayoría de los niños de nuestro edificio iban ahí. Los vecinos de abajo... *Vuelve hacia la ventana*. La policía está bajando unos perros enlazados. Unos perros inmensos y negros. Toda una jauría.

ÉL. Para detectar dónde hay gente.

LEA, *de pie junto a la ventana*. Desde acá se ve todo.

*De pronto se oye el zumbido de un helicóptero.*

ÉL, *levantando la cabeza en dirección a la ventana*. Otra vez el helicóptero.

LEA, *mirando hacia el cielo*. No paran de sobrevolar la zona.

ÉL. Es normal.

LEA. Este es de la televisión.

ÉL, *se dirige hacia la ventana para poder ver pasar el helicóptero*. Ya estuvieron en nuestro edificio pidiendo a la gente la autorización para filmar desde sus balcones. Desde acá es un poco alto. Desde un poco más abajo debe ser desde donde mejor se ve. A la del quinto izquierdo le dieron un buen cheque a cambio. Al principio no quería. Después parece que hasta el propio dueño del canal la llamó por teléfono. Al final la convenció a cambio del cheque y un año de emisión gratuita. Con el del tercero también. Parece que uno de los hijos, el más chico, ni bien oyó el estallido fue corriendo con la filmadora y filmó las primeras imágenes. Otra televisión le pagó fortunas. El casete. *Señalando hacia el televisor*. Ya lo pasaron varias veces. Lo pasan cada quince minutos. Algo espantoso. *Vuelve al sillón*. Los primeros momentos. Las primeras llamas. Los primeros cuerpos incendiados que corren por el medio de la calle de un lado para otro hasta derrumbarse calcinados. Un infierno.

LEA, *dirigiéndose a ÉL*. Dicen que fue un auto bomba estacionado en la vereda.

ÉL. Parece que tenía en el cofre doscientos kilos de dinamita.

LEA, *dirigiéndose a la ventana*. Algunas personas llegan corriendo y se precipitan en medio de los escombros. Como si quisieran zambullirse en medio del desastre.

ÉL. Son los familiares que quedaron vivos.

LEA. La policía los tienen que frenar a la fuerza.

ÉL. Los sobrevivientes.

LEA. Los padres de los niños que estaban en la guardería. ¡ Qué horror!

ÉL. Parece que eligieron a propósito la hora en la que hay más niños.

LEA. ¡ Unas bestias!

ÉL, *mirando fijo el televisor*. Recién por la tele pasaron la imagen del cochecito de un bebé rescatado entre medio de los escombros. Todo calcinado. Una masa de hierros retorcidos y negros. *La mira a ella*. Era imposible darse cuenta que se trataba de un cochecito. Algo espantoso.

*Suena el teléfono.*

LEA, *toma el teléfono entre sus manos y lo mira*. ¿ Quién es? El número no aparece.

ÉL, *mirando hacia el televisor*. Deben ser los de la consultora. Esta tarde llamaron dos veces. Quieren hacer una encuesta sobre el auto nuevo. Les dije que hablaran contigo.

LEA, *atiende el teléfono*. Sí. *Oye*. Disculpe, me podría repetir el nombre del instituto. *Oye*. Y ¿ cómo tienen ustedes mi número de teléfono? *Oye*. Bien. *Oye*. ¿ Ahora mismo? *Oye*. De acuerdo. *Oye*. Sí. Sí. Adelante. *Oye*. Sí, yo soy la conductora principal. *Oye*. Hace ya que lo compramos, espere un poquito...

ÉL, *mirando el televisor*. Cuatro meses.

LEA, *siempre mirando por la ventana hacia afuera*. Cinco. Cinco meses. *Oye*. Actualmente tiene unos dos mil kilómetros. *Oye*. Imagino que en un período de doce meses tendrá unos cuatro mil aproximadamente. *Oye*. Sí. Consume unos siete litros cada cien kilómetros. *Oye*. Sí, exacto, yo fui la persona más directamente implicada en la elección de este vehículo. *Oye*. Claro, participé yo misma en la decisión de compra. *Oye*. Sí, dígame. *Oye*. No, claro, yo era libre de elegir la marca que yo quisiera. *Oye*. No, nadie me impuso ninguna marca en particular. *Oye*. Claro que no. *Oye*. Yo era libre. Absolutamente libre de elegir la marca que yo quisiera. *Oye*. Mire me decidí por esta marca y por este modelo porque lo vi y me gustó. *Oye*. Todo. *Oye*. ¿ En particular? Déjeme pensar. Bueno,

la dirección asistida. *Oye.* La estética en general. *Oye.* ¿Qué se yo? El nivel general de equipamientos. El aire acondicionado. El airbag...

ÉL, *siempre mirando hacia el televisor.* El motor...

LEA. Sí, claro. La potencia del motor. También por la potencia del motor. *Oye.* Sabe, en algunas rutas uno lo puede levantar hasta doscientos por hora. *Oye.* Sí, dígame. *Oye.* Sí, entregué otro a cambio en el concesionario. *Oye.* Bien. Muy bien. Me trataron muy bien. *Oye.* El trato a la clientela es excelente. *Oye.* Sí, pregúnteme. *Oye.* ¿De uno a diez? Bien. *Oye.* Nueve. *Oye.* Diez, excelente. *Oye.* ¿A la amabilidad del vendedor? Muy amable. A eso diez. *Oye.* ¿Al profesionalismo? También diez. *Oye.* Sí. A eso le bajamos un poquito. Vamos a ponerle siete. No seis. Seis. Mejor seis. *Oye.* Nueve. *Oye.* Diez. *Oye.* También diez. *Oye.* No le entiendo. *Oye.* ¡Ah! Ocho. *Oye.* Diez. A las informaciones facilitadas sobre los tipos de financiación, diez. *Oye.* Sí, claro. Yo misma fui quien fue a recoger el coche. *Oye.* Sí, claro. El estado del vehículo estaba impecable. *Oye.* No. Por ahora no tuve ningún problema. *Oye.* Bien, dígame. *Oye.* ¡Ah, sí! El control remoto es un poco duro. *Oye.* Sí, le decía que el control remoto es un poco duro. *Oye.* Los botones. *Oye.* Funcionar funciona, pero son muy duros de apretar. *Oye.* No, le digo que no es un problema de funcionamiento, sino que simplemente los botones son duros. *Oye.* Funcionar, funciona bien, el tema es la dureza de los botones. *Oye.* Hay que apretar mucho a fondo para que active el sistema del cierre centralizado.

ÉL. Ahí están pasando la imagen del cochecito.

LEA. Disculpe un poco. *Se dirige a ÉL.* ¿Qué?

ÉL, *señalando el televisor.* Están pasando de nuevo las primeras imágenes.

LEA, *se dirige hacia el televisor y continúa hablando al teléfono mientras mira las imágenes.*

Sí. Dígame. *Oye.* Sí. Le decía que para que se active el sistema del cierre centralizado hay que apretar muy fuerte. *Oye.* Exacto. *Oye.* Esto lo noto desde un principio. *Oye.* ¿Qué se yo? *Siempre mirando el televisor.* No podría decirle. *Oye.* Me sucede en forma permanente. *Oye.* Aún no tuve tiempo de llevarlo al mecánico. En la próxima revisión se los voy a decir. *Oye.* Perdón. *Oye.* Lo clasificaría de molesto. *Oye.* ¡No! ¡Volvería a comprarlo sin ningún problema! Esto es apenas un detalle. *Oye.* Sí, lo escucho. *Oye.* No.

Ningún otro problema. *Oye*. Por el momento no. *Oye*. Tampoco. *Oye*. No, ningún otro problema. *Oye*. ¡ Ah, sí! Tuve otro problema. *Siempre mirando las imágenes del televisor*. Ahora me acuerdo. Se desprendieron algunas de las letras del nombre del modelo. *Oye*. Sí. En mi coche, en uno de los costados está escrito el nombre del modelo. *Oye*. Eso es. Matisse. Lo que le decía es que se despegaron dos letras del nombre. *Oye*. Claro. *Oye*. Creo que es la t y una s. *Oye*. No recuerdo. *Oye*. Claro. Es un problema estético. *Oye*. Se desprendieron solas. Se cayeron no sé cuándo. *Oye*. Es una pena porque eso estropea un poco la estética general, ¿ me entiende? Uno ya no puede ver Matisse como antes. Parece una estupidez pero... *Oye*. Sí. Sí, claro. *Oye*. Y tendría unos pocos kilómetros. *ÉL se dirige hacia la ventana y mira hacia el exterior mientras LEA responde a las preguntas con la vista fija en el televisor*. Fue casi al principio. *Oye*. Habría hecho unos doscientos kilómetros. *Oye*. Más o menos. *Oye*. Para mí es un poco molesto. *Oye*. No. Además de esto que le dije, no tuve ningún otro problema. *Oye*. No. *Oye*. Tampoco. *Oye*. No. *Oye*. Sí, claro. Ya le dije que volvería a comprarlo. *Oye*. Sí. *Oye*. No. Para nada. *Oye*. Pregunte. *Oye*. Asistente comercial. *Oye*. Treinta y tres. *Oye*. Dos. Somos dos. *Oye*. No. Aún no tenemos. Más tarde. Quizá. Por ahora no nos es posible. *Oye*. No. Al contrario. Sin ningún problema. *Oye*. A este mismo número. *Oye*. Sí. *Oye*. A esta hora, cualquier día de la semana. *Oye*. Bien. *Oye*. Y dígame, ¿ estas preguntas para qué sirven? *Oye*. De acuerdo. *Oye*. Bien. *Oye*. No, por favor. Gracias a usted. *Oye*. Buenas noches. *Corta el teléfono*. Una mujer revuelve desesperada los escombros mientras dos policías tratan de apartarla. Debe ser una madre. ¿ Cómo es posible?

ÉL. Doscientos quilos de dinamita.

LEA. Del auto no quedó nada. Las imágenes son patéticas.

ÉL. Por el momento ningún sobreviviente. *Señalando hacia el televisor*. Lo acaban de decir.

LEA. A veces la gente queda atrapada hasta varios días debajo de los escombros.

ÉL. Por eso trajeron los perros. Pero parece que por la forma en como se vino abajo el edificio, hay pocas posibilidades de que puedan quedar espacios con sobrevivientes. Los pisos se aplastaron los unos contra los otros como si fuera un acordeón.

LEA, *dirigiéndose a ÉL*. ¿ Quiénes fueron?

ÉL. Todavía no fue reivindicado por nadie.

LEA, *asombrada*. ¿Qué te pasó?

ÉL. ¿Dónde?

LEA, *se lleva su mano a su propia boca*. En la boca.

ÉL, *también se lleva su mano a su boca*. Nada. ¿Por qué?

LEA, *acercándose a ÉL*. ¿Qué tenés?

ÉL, *desconcertado*. No sé. ¿Qué hay?

LEA. Un hematoma.

ÉL, *se palpa con su mano*. ¿Un hematoma?

LEA. Sí. Un hematoma.

ÉL. ¿Dónde?

LEA. Entre la comisura y el mentón.

ÉL. ¿Acá? *Se señala con su propia mano*.

LEA. Sí. Ahí mismo. ¿No te duele?

ÉL, *negando con la cabeza*. No. Nada. No siento nada.

LEA, *mirando su boca*. Tenés todo morado. ¿Qué te hiciste?

ÉL. Nada.

LEA, *desconcertada*. ¿Cómo nada?

ÉL. No me hice nada.

LEA. Tenés todo morado como si te hubieras dado un golpe con algo.

ÉL, *siempre acariciándose con su mano*. No me golpeé con nada.

LEA. O como si alguien te hubiese golpeado. Como si alguien te hubiese pegado.

ÉL, *asombrado*. No salí de acá en todo el día.

LEA. Es extraño.

ÉL. No siento nada.

LEA. De pronto te mordiste mientras dormías y no te diste cuenta.

ÉL. Es posible.

LEA. A veces pasa. Parece que es frecuente. Uno se muerde mientras duerme. Sin saber, se mastica las propias encías hasta hacerlas sangrar. Hay aparatos especiales.

ÉL. Probablemente fue eso.

LEA. Tendrías que pasarte un poco de alcohol.

ÉL. No es necesario. No es nada importante.

LEA. ¿Dormiste mucho?

ÉL. Toda la tarde.

LEA. ¿Tomaste algo?

ÉL. No. Nada. No tomé nada.

LEA. ¿Pudiste descansar?

ÉL. Sí. Creo que sí.

LEA. ¿Sin tomar nada?

ÉL. Sin tomar nada. Lo único que despertarse de golpe con una explosión de este tipo...

LEA, *mirando por la ventana hacia afuera*. Ya casi es de noche.

ÉL. ¿Por qué llegaste tan tarde?

LEA. Lo del auto. *Sin dejar de mirar hacia el exterior*. Además tuve que pasar de nuevo por el hospital.

ÉL, *la mira fijo*. ¿Otra vez?

LEA. Tuvieron que raspar de vuelta un poco más. El útero. *Mirando hacia el exterior*. Todavía quedaban algunos restos. Por eso seguía sangrando un poco. Esta vez vi todo. No me durmieron ni nada. *ÉL no deja de mirarla en ningún momento*. Pude ver todo. Cuando aspiran por el tubo del aspirador, pasa una masa coagulada. Roja y violeta. El útero hecho añicos. Un coágulo que cae en una cubeta de plástico. Los médicos dicen que por el momento hay que esperar. Esperar un par de años. *Mirando hacia abajo*. Por el momento el resultado de los análisis no es bueno. Pero todavía no saben mucho. Todo esto es tan nuevo. *Sin levantar la vista*. Ni siquiera le pudieron encontrar un nombre definitivo. Ahora parece que le quieren llamar “Síndrome del Golfo”. *Levanta la vista y se encuentra con su mirada*. De eso es de lo único que están seguros. El origen viene de ahí. *Vuelve su mirada al exterior*. Esta mañana cuando bajaba, me encontré con una nueva carta del ejército en donde explican todo. *Saca de uno de sus bolsillos un sobre con una carta adentro*. Ya están seguros. Pudieron confirmar que todos los casos están vinculados con esa guerra. *Le*

*tiende el sobre con la carta.* Parece que el estado está decidido a indemnizarnos. Quieren indemnizar a todos los soldados que hayan participado entre la primera y la quinta expedición. *ÉL abre el sobre, saca la carta y la lee.* La tuya fue la cuarta, así que estamos incluídos. A los soldados y sus esposas, dice la carta. *Señalando hacia la carta que ÉL lee con atención.* En ese caso vamos a tener que casarnos para que yo también tenga derecho a recibir una parte. A mí me arruinaron mi útero. Yo también tengo derecho a ser indemnizada. *Vuelve a mirar hacia afuera.* Hoy, esta tarde, en el hospital, oí decir que parece que las secuelas pueden ser atroces. *Se retuerce las manos.* Además del problema de la memoria en la víctima directa, hay una cuestión de genes. Se pueden transmitir por descendencia hasta la octava generación. Uno de los médicos del laboratorio me dijo que ya habían habido varios casos. Mujeres de soldados que habían parido niños deformes o con retardos graves. Parece que lo más típico son los niños sin brazos. O sin piernas. Incluso dicen que hubo uno sin cabeza. De cerebro un muñón. Otros sin hígado. O sin pulmones. La mayoría nacen ciegos. A otros les falta la columna entera.

ÉL, *con la carta abierta entre sus manos.* ¿Y qué hacen?

LEA, *sin mirarlo.* ¿Con qué?

ÉL. Con esos niños. ¿Qué hacen?

LEA. Los hunden enseguida en un balde.

ÉL. ¿Los ahogan?

LEA. Ni bien salen del vientre. Parece que si no, pueden dar un alarido tremendo. En lugar de llorar, del primer llanto, dicen que gritan con tanta fuerza que se escucha en todo el hospital. Hay quienes hasta los oyeron gritar desde los sótanos en donde están las calderas. Parece que es algo horrible. *Se lleva una de sus manos a uno de los oídos.* Un alarido atroz. Agudo. Dicen quienes lo oyeron, que es algo imposible de olvidar. Por eso los hunden enseguida en el balde que está al borde de la camilla de parto. El mismo balde repleto de sangre y placenta. Luego los llevan al laboratorio. Los limpian. Los fotografían. Los abren. Los estudian. Desarman la columna en pedacitos para sacar muestras. Trituran los riñones. Extraen un par de fibras de algunos músculos. Después los llevan a la morgue para



ponerlos en cajitas metálicas. Como todavía no se sabe mucho, los entierran en cajones blindados. Lo vi con mis propios ojos.

ÉL, *mirándola*. ¿Qué cosa?

LEA, *sin mirarlo*. En realidad esta tarde... Te mentí... No fui a trabajar. Luego del hospital fui al entierro de uno de estos niños. Cuando salía del hospital, vi que de la morgue salía una hilera de coches negros. Un cortejo fúnebre. Alguien que estaba a mi lado comentó que se trataba del entierro de uno de los niños del Golfo. Así los llaman. Los “Niños del Golfo”. Pregunté a qué cementerio iban. Luego paré un taxi y le pedí que siguiera la caravana. Unas cuadras antes de llegar, se interceptó detrás de los primeros coches otra hilera de autos negros con guardia militar. El ministro de Defensa en persona. Cuando llegamos al cementerio, había toda una representación de las altas autoridades del ejército que había sido enviada. Estaban de civiles. Como si quisieran pasar inadvertidos. Todos vestidos de negro y con coronas. Cuando el padre bajó del coche, el Ministro se precipitó el primero a saludarlo. Un abrazo que duró un par de minutos mientras los rodeaban sus guardaespaldas. Intercambiaron unas palabras, volvieron a abrazarse y luego el ministro se subió a su coche y se fue. Dicen que en la otra punta de la ciudad tenía que asistir al entierro de otro niño. El resto de las Fuerzas Armadas fueron acercándose uno a uno a saludarlo. Todos los rodeaban como una asamblea de cuervos. Reconocí a varios. De pronto alguien de la funeraria trajo el cajoncito. El padre lo agarró entre sus brazos. De su familia había muy poca gente. Y la familia de la madre prefirió quedarse con ella en el hospital. Ni siquiera quisieron esperar unos días para que la madre pudiera asistir al entierro. Hay una circular ministerial que obliga a que se los entierre de inmediato. Por prevención sanitaria, eso es lo que dicen. El padre caminaba con el bebé en brazos hacia el nicho. Debe ser espantoso para un padre llevar esa caja fría entre los brazos. Yo seguía el cortejo a una cierta distancia. De pronto alguien se me acercó. Era uno de los familiares del padre. Se acerca y me pide que me retire. Por favor, váyase, me dice. Le ruego que se retire. No es el momento adecuado para que venga a molestarnos. No entendí por qué me decía eso. El hombre sacó un cheque del bolsillo de su sobretodo negro, lo llenó y me lo tendió. Me quedé mirándolo. No es el sitio para las amantes, me dice. Por favor, no nos

haga ningún escándalo. Ahí entendí. Me dí media vuelta y me fui. El hombre se quedó mirándome. Cuando confirmó que atravesaba la puerta del cementerio, rompió el cheque y volvió al grupo. A la salida había otro cortejo sin madre que esperaba su turno. Otro “Niño del Golfo” que aguardaba dentro de la camioneta negra. *Se interrumpe como si no pudiera continuar.*

ÉL. Lea.

LEA. *Siempre mirando por la ventana hacia el exterior.* Pero ¿qué es lo que arde tanto? La humareda es impresionante. La mayor parte del material de un edificio es inflamable. Ahora hay fuego en toda la parte izquierda. ¡Qué horror!

ÉL. Lea.

LEA. Una tarde horrible. Después del hospital y el cementerio, un edificio entero que se desmorona enfrente de la ventana de uno. *Se lleva una de sus manos a la frente.* No veo el momento en que este día se termine. Mientras daba la media vuelta para ir al parking, de nuevo el cortejo del ministro de Defensa que venía al lugar del siniestro. No todos los días uno se cruza dos veces en la misma tarde con un ministro. Nuestra democracia funciona bien.

ÉL. ¿ Los llamaste?

LEA. ¿ A quiénes?

ÉL, *con la carta en la mano.* Para decirles que estaba enfermo.

LEA. Sí. Esta tarde. Desde el hospital. Les dije que estabas un poco indispuesto. Que no ibas a ir ni hoy, ni mañana.

ÉL. ¿ Qué dijeron?

LEA. Nada. Hablé con una de las muchachas que están al teléfono.

ÉL. ¿ No dijeron nada?

LEA. Nada. *Mirando hacia el exterior.* Con las excavadoras levantan pedazos enteros. Revuelven los escombros.

ÉL. Si el atentado hubiera sido en nuestro edificio, en este momento sería a mí a quien estarían sacando de entre las piedras.

LEA, *desde la ventana.* Los perros siguen buscando desesperados.

*Suena el teléfono.*

LEA, *toma el teléfono entre sus manos*. No aparece ningún número.

ÉL. Es mejor no atender. No responder.

LEA. ¿Por qué? Puede ser para mí.

ÉL. No, Lea.

LEA, *atendiendo el teléfono*. Sí. Oye. Ah, sí. Oye. Sí. Oye. No. *Se dirige hacia un ángulo de la pieza como si quisiera que ÉL no la oiga*. No es posible. Oye. No. Oye. Tampoco. Oye. Pasado mañana. Oye. Eso es. Oye. Perfecto. Oye. Sí. Oye. Me dijeron que usted iba a comunicarse conmigo. Oye. Perfecto. Quedamos así. Oye. Como usted quiera. Oye. Mejor. Un poco antes mejor. Oye. Bien. Lo espero. Oye. Perfecto. Como siempre. Oye. Bien. Gracias. Oye. Adiós.

ÉL. ¿Quién era?

LEA, *siempre con el teléfono en la mano*. Para mí.

ÉL. Sí, pero ¿quién?

LEA, *nerviosa*. Un asunto de trabajo.

ÉL. Lo seguís viendo.

LEA, *va hacia la ventana y trata de cambiar de tema*. Siguen llegando ambulancias...

ÉL, *interrumpiéndola*. Lea.

LEA. No van a parar en toda la noche.

ÉL, *insistente*. Lea... Yo sé que ustedes... *Se interrumpe*.

LEA, *mirándolo*. ¿Qué?

ÉL. Yo sé que ustedes se siguen viendo.

LEA. No sé de qué estás hablando...

ÉL. Sí, Lea. Hablo de ustedes dos. Yo sé que se siguen viendo.

LEA, *volviendo a mirar hacia afuera*. No es cierto.

ÉL. Sí, Lea. Yo sé todo. Lo sé todo, Lea. Yo sé que ustedes se siguen viendo.

LEA, *niega con la cabeza*. No. No es verdad.

ÉL, *señalando el teléfono*. Era él. Yo sé que era él.

LEA. Era del trabajo.

ÉL. Me habías dicho que ya estaba terminado. Que no volverían a encontrarse. Eso fue lo que me dijiste, Lea. Me habías prometido que nunca más...

LEA, *le interrumpe*. Me acaban de llamar por un asunto de trabajo. *Molesta*. Nada más.

ÉL. Sé que se encuentran en un parque. Que siempre se dan cita en el mismo banco. Que él siempre llega primero. Yo sé todo, Lea. Sé que él se levanta cuando te ve llegar y que se abrazan durante un momento. Sé que caminan de la mano. Conozco hasta el hotel adonde van.

LEA. Eso era antes. Eso fue en otro momento. Antes. Hace años. Ya no. Todo eso ya está terminado.

ÉL. Siempre en el mismo parque.

LEA. Todo eso ya terminó.

ÉL. Me lo habías jurado.

LEA. Eso fue hace tiempo. Ya no hay nada más.

ÉL. Yo sé que ustedes se siguen viendo. *Se sienta en el sillón*.

LEA. No. Estás confundido. Es normal. Se lo comenté y los médicos dicen que es normal. Todo tiende a mezclarse...

ÉL, *lloriqueando*. Lea, ¿por qué me pasa esto? *Se agarra la cabeza con ambas manos*.

LEA, *se dirige hacia ÉL*. Es otro de los síntomas.

ÉL. Sin embargo... Ustedes se siguen viendo. Hoy por hoy, quiero decir. Ustedes siguen encontrándose a escondidas.

LEA, *se sienta a su lado y lo abraza*. Eso fue antes. Antes.

ÉL. No, Lea. Yo no hablo de antes. Hablo de ahora. No hablo de aquella vez. Hablo de esta. Las otras tardes. La semana pasada. Siempre en el mismo parque.

LEA, *tratando de consolarlo como se consuela a un niño*. Es normal. La confusión es normal.

ÉL. No. No estoy confundido. Yo sé que ustedes... Los dos... Se siguen encontrando.

LEA. Se lo voy a comentar de vuelta. Es posible que haya que intensificar la dosis.

ÉL, *llorando*. No, Lea. Siempre en el mismo banco. *Se lleva una de las manos al pecho*. Yo lo sé todo. Nunca imaginé que hiciera tanto mal.

LEA. No. No llores. No hay que llorar. Todo eso ya pasó. Ya no hay ningún banco más. Ni ningún parque. No hay nada. Nada de todo eso. Nada de nada. Ya no hay nada. Todo eso fue hace tiempo. Cuando nos conocimos. Eramos nosotros dos. En el banco. Al principio. Cuando nos encontrábamos al principio. Las primeras citas. Antes. El hotel. Las tardes en el parque.

ÉL. Entonces, ¿por qué?

LEA, *le abraza la cabeza entre sus brazos*. Es tu cabeza. Pero no hay que llorar. Es normal. Todo esto es normal.

ÉL, *agotado*. No puedo más.

LEA. Hay que poder.

ÉL. Hay momentos en los que uno no puede más, Lea. Yo sé que todo es culpa mía. Mi cabeza...

LEA. No. No.

ÉL, *se lleva sus dos manos a sus oídos*. Y encima las sirenas. Todo el tiempo. Cansan.

LEA. Nadie es culpable. Nadie.

ÉL, *mirando hacia la ventana*. Van a durar toda la noche.

LEA. Mañana te vas a sentir mejor. *También mirando hacia la ventana*. Esto del atentado...

*Ambos quedan detenidos, petrificados, mirando hacia la ventana.*

ÉL. Horrible, ¿no?

LEA. Espantoso.

ÉL. Y las sirenas.

LEA. Insoportables.

ÉL. No van a parar en toda la noche.

*Silencio.*

*ÉL mira hacia el televisor.*

ÉL. De nuevo la imagen del cochecito.

LEA, *se levanta y se dirige hacia la ventana*. Está anocheciendo.

ÉL. Ahora es toda la parte izquierda la que está ardiendo.

LEA, *desde la ventana*. Desde acá se ve bien. Van a tener que desalojar todo ese lado de la manzana.

ÉL. No logran controlar el fuego.

LEA. Dentro de poco es noche cerrada. Ya casi ni se ve nada. Solo el amarillo de las llamas y el rojo de las sirenas.

ÉL. Hace años, cuando era chico, en nuestro barrio se incendió una fábrica de textiles. Estaba apenas a unas tres cuadras de nuestra casa. De hecho, desde nuestro bloque de apartamentos se veía todo de forma perfecta. El incendio duró toda la noche. Empezó a la tarde y los bomberos recién pudieron apagarlo a la madrugada. Esa noche nadie durmió. Todo el complejo de viviendas pasó en vela. Todo el mundo apoyado en las ventanas mirando como el incendio destruía la fábrica. A eso de la diez de la noche le cortaron la luz a todo el mundo. Era la época de los apagones. Una medida de seguridad. Ni bien había algún problema, la ciudad entera quedaba a oscuras. Esa noche, en medio de la oscuridad, aquellas llamaradas daban miedo. Parecían inmensas. Que iban a prender fuego todo el barrio. Yo pasé toda la noche apoyado al borde de la ventana con mi padre y mi madre al lado. No me quería ir a la cama. Tenía miedo que nuestro edificio ardiera mientras yo dormía. Miedo a despertarme de pronto y encontrarme solo. Rodeado de llamas. Mi madre también tenía miedo. Y mi padre seguramente también. Todos teníamos miedo de incendiarnos dormidos. De que la casa entera se prendiera fuego. La familia entera. Pero nadie se animaba a decirlo. Por eso nos quedamos toda la noche despiertos. Mi padre fumaba y mi madre tejía una bufanda. Toda la noche en vela cuidando que la casa no se prendiera fuego. Al otro día de mañana, cuando empezó a amanecer, pudimos ver que de la fábrica ya no quedaba nada. Solo un montón de cenizas de donde salía una hilera de humo que duró varios días. Al principio era un humo negro. Un hollín sucio que invadió todo el barrio. Entró en todas nuestras casas. Se pegó a las paredes. Luego, con los días, se fue transformando en una cortina blanca, hasta que terminó por desaparecer. Sin embargo el

olor a quemado se impregnó para siempre en todo el barrio. Hasta hoy en día se puede sentir. Y sin embargo fue hace años. Fue un poco después que mi hermana se tirara por la ventana. Unos meses después del episodio del vecino. La pobre con su retardo si hubiera visto aquello se hubiera asustado mucho. Hubiera gritado sin parar como hacía cuando tenía miedo. Hay noches en las que todavía me parece oír sus alaridos.

LEA. Los incendios de noche dan más miedo que de día. El color de las llamas. Parece que todo se fuera a prender fuego.

ÉL, *mirando hacia la ventana*. El cielo está rojo. Como aquella vez. Un rojo pálido que va a durar varias noches. Hasta que logren apagar por completo la última brasa. Hasta que solo queden cenizas.

LEA. Los canales de televisión siguen filmando.

ÉL. Dijeron que va a haber una emisión especial toda la noche.

LEA. Qué horror para las familias.

ÉL. Recién una mujer gritaba. Se daba golpes con sus propias manos. Venía a buscar a su hijo. La policía trataba de detenerla. Quería ir a excavar con sus propias manos. Parecía una pesadilla. Corría en cuatro patas por entre los escombros. Con las manos ensangrentadas trataba de levantar placas enteras de cemento. Las cámaras la filmaban mientras ella metía sus manos entre los escombros y las sacaba llenas de tierra.

LEA. Debe ser espantoso.

ÉL. Al final, dos enfermeros lograron calmarla. Una inyección de algo, porque la sacaron en una camilla. Por la tele pasaron todo.

LEA, *se dirige al sillón y se sienta*. Debería ser una de las tantas mujeres que tienen anestesiadas en el hall de nuestra entrada. Las ví cuando llegué. Todos los pasillos de la planta baja están repletos de camillas y de gente que entra y sale corriendo en todas direcciones.

ÉL, *dirigiéndose a la ventana y mirando hacia abajo*. Parece que instalaron una enfermería provisoria para los familiares.

LEA. Los tres primeros pisos entre la asistencia a las familias y los canales, son un caos. La gente grita. Lloran. Se empujan los unos a los otros. Tuve que esperar veinte minutos para poder subir por el ascensor.

ÉL. La gente se sigue amontonando para ver de más cerca. Todo el mundo quiere estar en la primera fila. Ver los cuerpos que salen de entre los escombros. De entre las piedras. Parecen lápidas.

LEA, *mirando el televisor*. Todo el mundo está alterado.

ÉL. Es lógico. Nadie imagina ser aplastado por la pared de su propia casa. Siguen llegando más ambulancias. La gente se amontona todavía más.

LEA. La gente pierde el control.

ÉL. Y esto no es nada. Los primeros minutos fueron peores. Entre el desconcierto de la explosión y la humareda de polvo que provocó el derrumbe, todo el barrio era un caos.

LEA. Recién, en el ascensor, me dijeron que en nuestro edificio fue tal la confusión que hay hasta quienes dicen haber visto en medio de la humareda un soldado de guerra corriendo entre los pasillos.

ÉL, *sorprendido*. ¿Cómo?

LEA, *indiferente a lo que cuenta*. Un soldado armado y de uniforme. Eso dijeron.

ÉL, *inquieto*. ¿Quiénes?

LEA, *sin prestarle demasiado interés*. No sé.

ÉL, *cada vez más nervioso*. ¿De dónde sacaste eso?

LEA. Se lo oí decir a alguien.

ÉL. ¿Dónde?

LEA. En el ascensor.

ÉL, *sin poder disimular su inquietud*. Pero, ¿a quién?

LEA. No sé. A alguien que subía con nosotros. Parece que hay hasta quienes lo vieron de lejos subir o bajar del ascensor.

ÉL. ¿Un soldado?

LEA. De uniforme. Algunos dicen que estaba armado. Otros que no. Oí que ya habían informado a la policía pero que dijeron que no tenía ningún tipo de vínculo con el atentado.



ÉL. Un soldado de uniforme...

LEA. Eso es lo que la gente dice. Algo extraño.

ÉL. Sí.

LEA, *cambiando de tema*. Compré algo para comer.

ÉL, *pensativo*. No tengo hambre.

LEA. Yo tampoco. Todo esto saca las ganas de comer. *Recoge los paquetes con comida*. Con los medicamentos no es bueno tener el estómago vacío. En la heladera anoche no había nada. Es mejor tener algo.

ÉL, *alzándole la voz*. ¡ No!

LEA, *se detiene con los paquetes en la mano*. ¿ Qué cosa?

ÉL. La heladera...

LEA, *sin comprender qué es lo que quiere decir*. ¿ Qué hay?

ÉL. Yo me encargo.

LEA, *intrigada*. ¿ Qué pasa?

ÉL. Nada.

LEA. Pero...

ÉL, *le interrumpe*. Lea, no quiero que abras la heladera. Eso es todo.

LEA. ¿ Qué es lo que pasa?

ÉL. Nada. Es una orden, Lea.

LEA, *desconcertada*. Pero...

ÉL, *interrumpiéndola una vez más*. No hagas preguntas, Lea.

LEA, *lo mira extrañada*. No entiendo.

ÉL. No hay nada para entender. Simplemente no quiero que lo hagas.

LEA. Pero, ¿ qué pasa?

ÉL. Lea, no quiero ponerme nervioso.

LEA. Es que no entiendo qué es lo que pasa.

ÉL. Nada. Te dije que nada.

LEA. Entonces, ¿ por qué...?

ÉL, *le pide los paquetes que ella tiene en la mano*. ¡ Dame eso!

LEA. ¿Qué cosa?

ÉL. Lo que querés poner en la heladera. *LEA le da los paquetes.* Eso es. Perfecto.

LEA. Pero, ¿qué es lo que hay?

ÉL, *con los paquetes en sus manos.* Nada. No es nada. Simplemente... Yo me ocupo de la heladera. Esta noche yo me ocupo de la heladera.

LEA, *se sienta asustada en el sillón.* Me diste miedo... No sé...

ÉL. No me dí cuenta. Te pido disculpas. No es nada. Un momento pasajero. Ya está. ¿Compraste leche?

LEA, *afirmando con la cabeza.* Sí.

ÉL. Un poco de leche va a hacernos bien a los dos.

LEA. Yo no quiero.

ÉL. La leche siempre ayuda.

LEA. No tengo ganas.

*ÉL deja los paquetes a un costado del sillón.*

ÉL. Un vaso de agua...

LEA. No. No tengo ganas de nada. *Mirando hacia el televisor.* Ahora están operando con una grúa.

ÉL. Lo mejor es que nos acostemos. Necesitamos dormir.

LEA. No saben cómo levantar los muros.

ÉL, *dirigiéndose a la ventana.* Van a demorar días. Semanas...

LEA, *sin poder soportarlo.* Otra vez la imagen del cochecito. ¡Basta! *Cambia de canal con el control remoto.*

ÉL, *mirando hacia el exterior.* La van a pasar toda la noche. Todo el tiempo. Mañana seguramente sea la primera página de más de un diario.

LEA, *pasando de un canal a otro.* En todos los canales lo mismo.

*ÉL mira por la ventana hacia el exterior. LEA mira el televisor mientras recorre distintos canales. De pronto se detiene en un canal como si algo la hubiera atrapado.*

LEA, *concentrada en lo que ve.* Otro crimen más. ¡Qué horror! *Como hipnotizada por las imágenes.* Un hombre estrangula a otro con los cordones de sus zapatos.

ÉL, *mirando hacia el cielo.* Los helicópteros parecen cuervos buscando carroña.

LEA, *de a poco se lleva ambas manos a la boca como si no pudiera dar crédito a lo que está viendo.* ¡Dios mío! *Como si no pudiera respirar.* No es posible.

ÉL, *inquieto al verla repentinamente en ese estado.* ¿Qué pasa?

LEA, *aterrada.* ¡Dios mío!

ÉL, *se dirige hacia ella.* Lea, ¿qué pasa?

LEA, *temblando de espanto.* No puede ser. *Lo mira aterrada.*

ÉL. ¿Por qué me mirás así?

LEA, *negando con su cabeza.* No. No es cierto. No puede ser cierto.

ÉL, *cada vez más intrigado.* ¿Qué pasa, Lea?

LEA. Era cierto.

ÉL, *sin entender a qué se refiere.* ¿Qué cosa?

LEA, *mirándolo con miedo.* Entonces era cierto.

ÉL. ¿Lo qué?

LEA, *señala hacia uno de los ángulos de la habitación.* Lo de esta mañana... Era cierto...

ÉL, *de pie a su lado.* Lea, no sé de qué estás hablando.

LEA, *sus ojos comienzan a llenarse de lágrimas.* Lo que me dijiste esta mañana era verdad.

ÉL. No entiendo de qué querés hablarme.

LEA. Esta mañana...

ÉL. Esta mañana, ¿qué?

LEA. Lo del desconocido y el hotel...

ÉL, *mirándola asombrado.* Lea, ¿qué pasa?

LEA, *tratando de calmarse para hacerse entender mejor.* Lo que me contaste esta mañana...

ÉL, *cada vez más extrañado.* ¿Qué?, Lea. ¿Qué te conté esta mañana?

LEA, *llevándose una de sus manos a su boca*. No es posible. Lo de este hombre. Lo del hotel.

ÉL, *sin comprender*. ¿Qué hombre? ¿Qué hotel?

LEA, *empezando a desesperarse*. ¡ Por Dios!

ÉL, *siempre de pie a su lado, la mira con una expresión de asombro ante su comportamiento repentino e inexplicable*. Lea, ¿qué es lo que te está pasando?

LEA. Entonces es cierto. Lo de esta mañana es cierto.

ÉL, *hablándole cada vez de forma más seca*. No sé de qué me querés hablar.

LEA, *lo mira fijo*. Este hombre que me dijiste que anoche... *Señala hacia el televisor*. Los cordones...

ÉL. No te entiendo, Lea. No entiendo de qué me querés hablar.

LEA, *se golpea la cabeza*. Sí. Los cordones.

ÉL. ¿ Los cordones? *Cada vez más confuso*. ¿ Qué cordones?

LEA, *mirando hacia el televisor*. Los de este hombre.

ÉL. ¿ Qué hombre?

LEA. Este hombre con el que pasaste la noche en un hotel.

ÉL. ¿ Qué noche?

LEA, *cada vez más excitada*. Anoche. Cuando no viniste a dormir.

ÉL, *siempre de pie a su lado*. ¿ Un hotel? ¿ Un hombre? No entiendo de qué querés hablarme, Lea. ¿ Qué pasa?

LEA, *no pudiendo controlar su llanto*. Esta mañana me dijiste que habías pasado la noche con un hombre.

ÉL. ¿ Con un hombre?

LEA. Sí. Con un hombre.

ÉL, *sonríe*. Pero, ¿ con qué hombre?

LEA, *cada vez más desesperada*. Con el hombre que me contaste.

ÉL, *cada vez más tranquilo*. No sé de quién me estás hablando, Lea.

LEA. Del hombre.

ÉL. No sé de qué hombre estás hablando. No te entiendo.

LEA. Del hombre que mataste anoche.

ÉL, *indignado*. ¡ Lea, por Dios! ¿ Cómo podés decir algo parecido?

LEA. Esta mañana me contaste...

ÉL, *sin dejarla terminar*. Lea, creo que estás muy cansada.

LEA, *insistiendo*. Esta mañana...

ÉL, *volviendo a interrumpirla*. Lea. Lea. Mi amor. Mi vida. *La toma entre sus brazos*.

LEA, *su voz se ahoga cada vez más*. Con sus propios cordones... ¿ Cómo es posible?

ÉL, *tiernamente*. Lea, creo que estás delirando. No entiendo las cosas que querés decirme.

Estás necesitando descansar. Lo mejor es que tomes algo para poder dormir.

LEA. ¿ Cómo es posible?

ÉL, *ayudándola a recostarse*. A ver, Lea. *Le pone una mano en la frente*.

LEA. Era cierto. Entonces, era cierto.

ÉL. No estás nada bien, Lea.

LEA. El hotel... Los zapatos... Los cordones...

ÉL, *tratando de calmarla*. Ya va a pasar, Lea. Ya va a pasar.

LEA. Este hombre.

ÉL, *toma un frasco, lo abre y extrae dos pastillas*. Lo mejor es que tomes esto.

LEA. ¿ Cómo es posible?

ÉL, *le pone las pastillas en la boca*. Vamos a ver, Lea. Eso es. Una. Ahora la otra. Eso.

LEA. Los cordones...

ÉL, *ayudándola a tragar*. Esto te va a ayudar a dormir.

LEA. El hotel...

ÉL, *la acuesta a lo largo del sillón y le recuesta la cabeza contra uno de los posabrazos*.

Mañana te vas a sentir mejor.

LEA. Y ese hombre que apenas se resistió...

ÉL. Mañana todo va a ser distinto, Lea. Ahora lo mejor es dormir.

*Ella queda acostada y ÉL de pie a su lado.*

LEA, *tiritando*. Lo peor es el ruido de la maquina...

ÉL. ¿Cómo?

LEA. La máquina... Lo peor es el ruido de la máquina...

ÉL, *siempre de pie a su lado*. ¿Qué máquina?

LEA. El aspirador... El ruido que hace cuando comienza a aspirar dentro de una...

ÉL, *con una cierta curiosidad*. ¿Duele?

LEA. No... Peor... Eriza...

ÉL, *sentándose en la punta del sillón al borde de los pies de LEA*. Lo mejor es descansar, Lea. Descansar. Estamos muy cansados. Los dos. Todo el tiempo estamos cansados. Muertos. *De a poco ella se va durmiendo*. No es posible. Estamos todo el tiempo muertos. No es posible, Lea. No es posible vivir así. *Ella no se mueve más*. Todo el tiempo muertos. Deshechos. Hay que descansar, Lea. Descansar. Dormir.

*LEA duerme. ÉL la mira dormir. Dulcemente comienza a desatarle los zapatos hasta quitarle del todo los cordones.*